



LA AMENIDAD

BOLETIN SEMANAL DE ILUSTRACION Y RECREO

KERABAN EL TESTARUDO

POR

JULIO VERNE.

— ¡Volveos! — exclamó Keraban á los caballeros, cuyos caballos tocaban con los del carruaje.

— ¡Volveos vos! — respondió el caballero, que parecía decidido á no dar un paso atrás.

— ¡Yo he llegado al primero!

— ¡Pues bien, pasaréis el segundo!

— ¡No cederé!

— ¡Ni yo!

La discusión tomaba un carácter desfavorable.

— ¡Tío — dijo Ahmet — ¿qué nos importa?...

— ¡Sobrino, importa mucho!

— ¡Amigo mío!.... — dijo Van Mitten.

— ¡Dejadme en paz! — respondió Keraban.

Sin embargo, el guarda intervino exclamando:

— ¡Volveos atrás! ¡Volveos atrás!.... ¡El tren de Poti no puede tardar en llegar!.... ¡Volveos!

Pero el señor Keraban no le escuchaba. Después de haber abierto la portezuela del carruaje, se había bajado á la vía, seguido de Ahmet y Van Mitten, mién-

tras Bruno y Nizib se precipitaban fuera del cabriolet.

El señor Keraban se fué directamente al caballero, y cogiendo á su caballo por la brida,

— ¿Queréis dejarme libre el paso? — exclamó con una violencia que no podía contener.

— ¡Jamás!

— ¡Vamos á verlo!

— ¿A verlo?....

— ¡No conocéis al señor Keraban!

— ¡Ni vos al señor Saffar!

En efecto, era el señor Saffar, que se dirigía á Poti después de una rápida excursión por las provincias del Cáucaso meridional. Pero aquel nombre de Saffar, aquel nombre del personaje que alquilaba por anticipado los caballos del relevo de Kertsch, no podía suscitar más que la cólera de Keraban. ¡Ceder á aquel hombre contra el que había hecho tantas recriminaciones! ¡Jamás! ¡Antes se dejaría aplastar por los cascos de su caballo!

—¡Ah! ¿sois vos el señor Saffar?—exclamó.—
¡Pues atrás, señor Saffar!

—¡Adelante!—dijo Saffar, haciendo seña á los
jinetes para que forzasen el paso.

Ahmet y Van Mitten, comprendiendo que nada
haría ceder á Keraban, se preparaban á ayudarle.

—¡Pasad! ¡pasad pronto!—repetía el guarda.—
¡Pasad!..... ¡Ahí está el tren!

Y en efecto, se oía el silbido de la locomotora,
oculta entónces por un recodo del camino.

—¡Atras!—exclamó Keraban,

—¡Atras!—exclamó Saffar.



¡Hémos aquí en una bonita situación! dijo el holandés.

En aquel momento, el ruido de la locomotora se
acentuó más y más. El guarda, ya medio loco, agi-
taba su bandera con el fin de detener el tren..... Era
muy tarde..... el tren desembocaba de la curva.....

El señor Saffar, viendo que no había tiempo de
atravesar la vía, retrocedió precipitadamente. Bruno
y Nizib se arrojaron al otro lado. Ahmet y Van Mit-
ten, cogiendo á Keraban, le arrastraban precipitada-
mente, mientras el postillon, sacando á los caballos
al galope, los dirigía fuera de la barrera. En aquel
momento, el tren pasaba con la rapidez de un express;
pero de tal manera, que cogiendo la parte de atrás
del carruaje, que no había podido salir completa-
mente de la vía, la rompió en mil pedazos, y desapa-

reció sin que los viajeros hubiesen notado el choque
de aquel ligero obstáculo.

El señor Keraban, fuera de sí, quiso arrojarse so-
bre su adversario; pero éste, espoleando á su caballo,
atravesó la vía desdeñosamente, sin honrarle con una
mirada, y seguido de sus cuatro caballeros, desapare-
ció al galope por el otro camino que sigue la orilla
derecha del río.

—¡El infame! ¡Miserable!—exclamaba Keraban,
retenido por su amigo Van Mitten.— ¡Si alguna vez
le encuentro!.....

—Si, pero lo principal es que no tenemos carruaje
—respondió Ahmet, mirando los restos informes del
coche, arrojados fuera de la vía.

—¡Sea, sobrino, sea! Pero no le he dejado pasar, y ha pasado el primero!

En aquel momento, algunos cosacos, de los encarrilados en Rusia para vigilar los caminos, se aproximaron. Habían visto todo lo que había sucedido en la barrera del ferro-carril.

Su primer movimiento fué coger al señor Keraban y echarle la mano al cuello. Allí hubo protesta por parte de Keraban, intervencion inútil de Ahmet y su amigo, resistencia de las más violentas y del más terco de los hombres, que, después de una contravención a los reglamentos de policía de los caminos de hierro, amenazaba empeorar su situación por rebelión á las órdenes de la autoridad.

Tanto se resistió con los cosacos como con los gendarmes. Tanto se resistió con unos como con otros. De todas maneras, el señor Keraban, en el colmo de su furor, fué llevado á la estación de Sakario, mientras que Ahmet, Van Mitten, Bruno y Nizib se quedaban sorprendidos ante los restos del carruaje.

—¡Hónos aquí en una bonita situación!—dijo el holandés.

—¡Pero y mi tío!—respondió Ahmet.—¡No podemos abandonarle!

Veinte minutos después, el tren de Tiflis descendía hácia Poti, pasando ante ellos. Miraron....

En la ventana de uno de los compartimentos, apareció la fuerte cabeza del señor Keraban, rojo de cólera, los ojos injectados, fuera de sí, tanto por haber sido detenido, como porque era la primera vez que aquellos tercos cosacos le obligaban á viajar por camino de hierro.

Pero era necesario no abandonarle en aquella crítica situación.

Era necesario sacarle lo más pronto posible de aquel mal paso, donde su sola torpeza le había conducido, y no comprometer la vuelta á Sentari por esa tardanza que podía prolongarse.

Dejando, por lo tanto, los restos del carruaje, cuya utilidad era nula, Ahmet y sus compañeros alquilaban un carrito, el postillon enganchó sus caballos, y después de la rapidez con que se ejecutó esto, se lanzaron por el camino de Poti.

Era necesario recorrer seis leguas. Se recorrieron en dos horas.

Ahmet y Van Mitten, en el momento en que llegaron, se dirigieron al puesto de policía, con el fin de reclamar al infornunado Keraban, dándole libertad.

Allí supieron que el señor Keraban, después de haber pagado una considerable multa por contravención y por resistencia á los agentes, salió de entre las uñas de los cosacos, y se dirigió á la frontera.

Se trataba, pues, de alcanzarle lo más pronto posible, y por lo tanto, de procurarse un medio rápido de transporte.

Ahmet quiso informarse asimismo respecto del señor Saffar.

El señor Saffar había dejado á Poti. Acababa de embarcarse en el *steamer* que hace escala en los diversos puntos del Asia Menor. Pero Ahmet no pudo saber además iba aquel altanero personaje, y lo último que vió en el horizonte fué la larga humareda

lanzada por la chimenea del barco que conducía al señor Saffar hácia Trebisonda.

TERCERA PARTE.

I.

EN EL QUE SE VELEVE Á ENCONTRAR AL SEÑOR KERABAN FURIOSO POR HABER VIAJADO EN FERRO-CARRIL.

El lector recordará, sin duda, que Van Mitten, desconsolado por no haber podido visitar las minas de la antigua Colchida, había manifestado la intención de desquitarse explorando el mitológico Phaso, que, bajo el nombre ménos enfónico de Rion, llega ahora á Poti, formando un puenteillo sobre el litoral del mar Negro.

Pero una vez más tuvo que abandonar tan balagüña esperanza. No se trataba, en efecto, de lanzarse sobre las huellas de Jason y de los Argonautas, ni de recorrer los célebres lugares donde el audaz hijo de Esón fué á conquistar el Toison de oro. ¡No! lo que importaba hacer sin pérdida de tiempo era abandonar á Poti, ponerse en seguimiento del señor Keraban y alcanzarle en la frontera rusa.

Nueva decepción, pues, para Van Mitten. Las cinco de la tarde acababan de sonar y contaban con volverse á poner en camino al día siguiente, 13 de Setiembre, por la mañana. No pudo por lo tanto Van Mitten ver otra cosa en Poti, sino el jardín público, en el que se levantan las ruinas de una antigua fortaleza y las casas de la población construidas sobre estacas. Cuenta Poti dentro de su recinto con unos seis á siete mil habitantes; sus calles son anchas, y en cada una de ellas existe un foso, del cual se escapa un incosante concierto de ramas: respecto al puerto, al cual domina un faro de primer orden, se halla de ordinario bastante frecuentado.

Tan sólo pudo consolarse Van Mitten de su corta permanencia en dicha población, reflexionando que, hallándose esta última situada en medio de los pantanos del Rion y del Capatcha, no podía hacer otra cosa mejor que huir de ella para no coger alguna calentura perniciosa (lo que, en efecto, es muy de temer en los alrededores malsanos de aquel litoral).

En tanto que el holandés se abandonaba á reflexiones de todo género, Ahmet buscaba algo con que reemplazar la silla de posta, la que, sin la incalificable imprudencia de su amo, hubiera podido continuar largo tiempo prestando servicio. Pero hallar otro vehículo de viaje en Poti, fuese nuevo ó usado, era cuestión casi imposible. Una *peractadnaio*, una *araba* rusa podrían hallarse todavía, contando, por supuesto, con la bolsa del señor Keraban, y pagando por cualquiera de ellas el precio que pidiesen. Pero los mencionados vehículos no son otra cosa que carretas más ó ménos primitivas, que carecen en absoluto de comodidad y nada tienen de común con las berlinas de viaje.

Per muy vigorosos que sean los caballos que se les enganche, jamás podrán competir con la velocidad de una silla de posta; puede, por lo tanto, figurarse al lector cuantos retrasos no tendrían que experimentar los viajeros antes de recorrer por completo el trayecto.

Conviene, sin embargo, hacer observar que Ahmet no tuvo la ocasión de vacilar en escoger este ó el otro carruaje. ¡Ni coches, ni carretas! nada, absolutamente nada había disponible por el momento, y como quiera que era para él de la mayor importancia reunirse con su tío en el más breve plazo, con objeto de que por su obediencia no les metiese de nuevo en un mal paso, decidió hacer á caballo el trayecto de veinte leguas que median entre Pott y la frontera rusa. No es necesario decir que era buen jinete, y Nizib le había acompañado con frecuencia en sus paseos. Van Mitten, á quien consultó, conocía, aunque en principio, la equitación y salió garante, si no de la habilidad poco probable de Bruno, al menos de su obediencia para seguirle en aquellas condiciones.

Se decidió, por lo tanto, que la partida se efectuaría á la mañana siguiente, con objeto de llegar á la frontera rusa la noche misma de su salida.

Dispuestas de este modo las cosas, Ahmet escribió una extensa carta dirigida al Isoguero Selim, carta que, como es natural, comenzaba de esta manera:

«Querida Amasia...»: en ella le refería todas las peripecias acaecidas durante el viaje, el incidente que había tenido lugar en Pott, la causa por la cual se veía separado de su tío, y los medios con que contaba para encontrarle de nuevo. Añadía, que dicha aventura en nada retardaría su regreso; pues contaba con hacer andar aprisa á hombres y bestias, calculando el término medio del tiempo y del trayecto que aun le quedaba recorrer.

No olvidó tampoco el recomendarla muy eficazmente que se encontrase con su padre y Nedjeb en Sentari para la época fijada, ó un poco antes, con objeto de que no faltase á la cita.

Esta carta, en la que iban mezclados cariñosos cumplimientos hacia la joven, debió partir al siguiente día en el paquebot que hace el servicio regular entre Pott y Odessa. Así, pues, antes de cuarenta y ocho horas habría llegado á su destino, habria tambien sido abierta, leída una y mil veces, y quizás se hallaría al lado de aquel corazón cuyos latidos creía Ahmet sentir perfectamente desde el otro lado del mar Negro. El hecho es que por entonces se hallaban los dos prometidos bastante lejos uno del otro; es decir, se encontraban entonces en las dos extremidades del eje de una elipse, cuya curva seguía Ahmet, obligado por la obstinación de su tío.

Y mientras que él escribía para tranquilizar, para consolar á Amasia, ¿qué hacía Van Mitten?

Van Mitten, después de haber comido en el hotel, se paseaba curiosamente por las calles de Pott, bajo los árboles del Jardín Central, ó por los largos muelles del puerto y sus avenidas, cuya construcción era reciente. Pero iba solo; Bruno no le acompañaba aquella vez.

¿Y por qué Bruno no iba entonces detrás de su

tío haciéndole respetuosas, pero justas observaciones sobre las complicaciones del presente y los peligros del porvenir?

Bruno había concebido una idea. Si no había en Pott ni berlina ni silla de posta, encontraría una balanza. Porque para un holandés enflaquecido, la ocasión se presentaba entonces ó nunca, de pesarse, de comprobar la cifra de su peso actual con la de su peso primitivo.

Bruno había abandonado el hotel, teniendo cuidado de llevarse, sin decir nada, la guía de su tío, que debía darle libras batavias, la evaluación de las medidas rusas, cuyo valor no conocía.

En los muelles del puerto donde está situada la aduana, hay siempre algunas de esas grandes básculas, en uno de cuyos platillos puede pesarse un hombre cómodamente.

Bruno no se alteró por nada respecto á ese punto. Mediante algunos kopeks, sus antojos se realizaron.

Se puso un respetable peso en uno de los platillos de la balanza, y Bruno, no sin alguna secreta inquietud, se subió en el otro.

Con disgusto suyo el platillo que soportaba el peso quedó adherido al suelo. Bruno, con algún esfuerzo que hizo para hacerse el pesado (tal vez creía que lo conseguiría inflándose) no llegó á elevarle.

—¡Diablo! —dijo— he aquí lo que yo me temía!

Un peso menos fuerte pasaron en la balanza en el sitio del primero.... El platillo no se levantó ni una pulgada.

—¡Es posible! —exclamó Bruno— que sintió que toda su sangre le afina al corazón.

En aquel momento su mirada se detuvo sobre una persona que le miraba con mirada benevolencia.

—¡Señor! —exclamó.

Era, en efecto, Van Mitten, al que el azar acababa de conducir al barrio, precisamente en el instante en que estaban pesando á su sirviente.

—¡Señor! —repitió Bruno— ¿vos por aquí?

—Yo en persona —respondió Van Mitten.— ¿Verá con gusto que has venido á....

—¡Á pesarme... sí!

—¿Y qué resultado ha habido?

—El resultado es que no sé si hay pesos bastante pequeños para indicar lo que peso actualmente.

Bruno dió esta respuesta con tan dolorosa expresión, que enterneció á Van Mitten.

—¡Cómo! —dijo éste— ¿desde que partimos, has adelgazado hasta tal punto, mi pobre Bruno?

—¡Lo vais á ver, señor!

En efecto, acababan de colocar en el platillo de la báscula un tercer peso, muy inferior á los otros dos.

Aquella vez Bruno lo levantó poco á poco, poniendo á los dos platillos en equilibrio sobre una misma línea horizontal.

—Por fin —dijo Bruno— ¿pero ¿qué peso es éste?

—Sí, ¿qué peso es? —respondió Van Mitten.

Hacia en cantidad justa, y en medidas rusas, cuatro pounds, ni más ni menos.

En seguida Van Mitten, cogió la guía que le había dado Bruno, y buscó en el cuadro de comparaciones entre las diversas medidas de los países.

— Y bien, señor — preguntó Bruno, con una curiosidad mezclada de cierta angustia — ¿cuánto vale el pound ruso?

— Cerca de diez y seis pound y medio de Holanda — respondió Van Mitten, despues de un pequeño cálculo mental.

— ¿Lo cual hace?.....

— Hace exactamente setenta y cinco pounds y medio; ó sea cincuenta y una libra.

Bruno lanzó un grito de desesperacion, y arrojándose fuera del platillo y haciendo que el contrario chocase bruscamente en el suelo, cayó sobre un banco medio espantado.

— ¡Ciento cincuenta y una libra! — repetía, como



¡Señor! — exclamó.

si hubiese perdido una povená parte de su vida.

En efecto, á su partida, Bruno, que pesaba ochenta pounds, ó sea ciento sesenta y ocho libras, no pesaba más que setenta y cinco y media, ó sean ciento cincuenta y una libra. Por lo tanto, habia adelgazado diez y siete libras. Y esto en veintiseis días de un viaje que habia sido relativamente fácil, sin verdaderas privaciones ni grandes fatigas. Y sin embargo, si el mal habia comenzado, ¿dónde se detendría? ¿Que llegaría á ser de aquel vientre que Bruno se habia formado, que habia empleado más de veinte años en redondearlo, gracias á la observancia de una higiene bien comprendida? ¿Cuándo sería el día en que se separaría de aquel honroso puesto en el que

hasta entónces se habia mantenido, sobre todo entónces, que por falta de carruaje el viaje se iba á efectuar en diferentes condiciones, bajo la influencia de los peligros y fatigas á través de desconocidas comarcas!

Hé aqui lo que se preguntó el angustiado servidor de Van Mitten. Entónces se formó en su espíritu como una rápida vision de eventualidades terribles, entre las que aparecía Bruno, desconocido, en forma de esqueleto.

(Se continuará.)

EL TIGRE BLANCO.

NOVELA ESCRITA EN FRANCES

POR

LUIS BOUSSENARD.

Y es que las frases más hiperbólicas amontonadas á placer, las metáforas más audaces y los calificativos más enérgicos, apenas son suficientes para expresar la impresión de terrible estupor, de implacable aislamiento producido por ciertos sitios de aquellas soledades.

Imagínos aquellas zonas de follaje estratificándose hasta el infinito, formando verdaderas montañas; planos de troncos enormes que se duplican, decuplican y centuplican convirtiéndose en inmensas murallas; bejucos agarrados á todo esto como la trama de un tejido sin fin, y no podréis soñar abismo insondable, oscura galería de mina ni subterráneo húmedo que pueda rivalizar con aquella decoración dispuesta por la naturaleza ecuatorial, monstruosamente fecunda, que se llama el *bosque virgen*.

¿Conocéis esas sombrías callejuelas del París antiguo, con sus hediondas casas, su empedrado pegajoso y su pestilente atmósfera, que se llaman la calle de Maubúce, la calle de Veuse ó la calle de Brantón? Jamás seca el sol sus fangosos albañales, nunca se oye el rodar de los carruajes, y por la noche parece que agonizan los faroles.

¿Ha profundizado vuestra mirada, desde lo alto de una casa, aquellos estrechos patios, negros como pozos, en cuyo fondo se agitan confusamente algunos seres de formas que no se pueden distinguir con claridad?

Y sin embargo, á pocos pasos de aquellas cloacas circulan torrentes de aire y de luz y los esplendores de la gran ciudad se manifiestan en toda su magnificencia.

De igual manera, los bosques de Guayana ocultan en medio de incomparables maravillas rincones perdidos no menos oscuros, no menos tristes y mucho más lúgubres.

Esto depende de que se encuentran frente á frente dos fuerzas creadoras de poderosa intensidad. Por una parte el sol del Ecuador, cuyos implacables rayos abrasan aquella zona tórrida; por otra, un terreno fértil, húmedo, formado por seculares restos orgánicos y saturado hasta la plétora de principios nutritivos.

La semilla, humilde embrion de un coloso, germi-
na en un momento en aquel húmido productivo hasta

el exceso, y se desarrolla visiblemente en aquella inmensa estufa, convirtiéndose á los pocos meses en un árbol. Prolóngase su copa, su débil tronco sube y crece como si el sol quisiera aspirar por él los jugos de la tierra.

El tierno árbol quiere aire y necesita luz. Sus pálidas hojas, anémicas como las que vegetan en los subterráneos, tienen precisión de la *clorófila*, que es su materia colorante, como la *hematosina* es la de la sangre. Únicamente el sol puede suministrarla, y su principal función consiste en subir siempre á buscar sus ardientes besos. No hay fuerza capaz de contener este impulso, y atravesando la opaca bóveda de follaje, agregan una nueva gota á aquel océano.

Estos fenómenos de vegetación son asombrosos, y para darse cuenta de ellos es preciso haber vagado bajo aquellas vastas enramadas que forman un todo compacto, allá arriba, cerca de las nubes, y haber calculado ó dado vueltas en torno de aquellas monstruosas raíces en las que se elabora sin cesar el misterioso alambramiento de la vida.

¡Ah! ¡cuán pequeño es el hombre que se mueve pensosamente en aquella espesura formidable! ¡cuán lenta es su marcha á través de aquellos colosos! Y sin embargo, avanza, con la brújula en una mano y el machete en la otra, evocando con su trabajo de zapa el recuerdo de la hormiga que tratase de perforar con su aguijón la falda de una montaña.

En aquellas catacumbas vegetales, y sin tener la noción del tiempo, vivieron nuestros héroes después de la doble desgracia que habian sufrido. Les faltaban el aire y la luz. No turbaba aquel silencio sepulcral el canto de ningún pájaro, pues los alados huéspedes del bosque no se aventuraron en semejantes cavernas, temidas hasta por las fieras. Ni hierbas, ni mucho menos flores sobre las raíces que desfilan como las basas de las columnas en las catedrales góticas; en cambio, musgos resbaladizos, verdosos, hinchados como esponjas y bajo los cuales bulle todo un mundo de serpientes, lagartos, sapos, scolopendras, arañas y escorpiones.

Cerca de un mes permanecieron en aquel antro de la fiebre, donde parecía imposible la existencia, pues apenas si la llama de su hoguera encontraba suficiente oxígeno en la empohecida atmósfera.

Vivieron como un brasero que se consume estando apagado.

Cada dos días iba Robin en busca de provisiones y traía del huerto batatas, maíz y bananos. Misero alimento á la verdad, que no servía sino para impedir la dolorosa torsion de sus vísceras, para entorpecer la obra mortal del hambre. Afortunadamente, la existencia humana posee á veces asombrosos recursos.

Ambos reclusos esperaban en vano y de hora en hora una señal, cuando cierta mañana Robin, que por décima vez seguía el curso del arroyo fangoso, dió un salto como si hubiera visto un reptil. Una ligera canoa, provista de cuatro pagayos, flotaba delante de él, amarrada á una gruesa raíz. No había duda; era la pirogua construída por él y por Casimiro, á la que había bautizado con el nombre de *Esperanza*, y que desapareció de tan singular manera.

¿Por qué misteriosa combinacion de circunstancias se hallaba tan á punto y tan bien dispuesta para marchar? Una gran cantidad de bananos maduros ocupaba el centro de la embarcacion. Algunas batatas asadas y, cosa rara! una docena de galletas con un frasco de ginebra completaban las provisiones. El barco debía haber estado sumergido desde el día de su desaparicion, pues sus costados, húmedos y tocados fangosos, se hallaban cubiertos en algunos sitios por una ligera capa de vegetales acuáticos.

Sin detenerse á considerar acerca de lo insólito de aquel suceso, el proscrito, dispuesto á todo, no pensó más que en salir de su húmedo alojamiento, pero decidido á averiguar más tarde la clave del enigma.

Volvió corriendo.

— ¡Casimiro!.... ¡en marcha!

— ¡Hacia donde, compadre?

— He encontrado la pirogua; ahí está, muy cerca. Esto quiere decir que el arroyo está libre, que podemos abandonar esta maldita tierra y que debemos lanzarnos al Maroni.

— Bueno, vámonos.

Referir la serie de interjecciones y de fórmulas de admiracion esparcidas por el buen hombre, sería superfluo. Pero aunque hablaba mucho no dejaba de obrar. Su pierna elefantásica parecía tan ligera como la otra. El pobre Kalina se dió tanta prisa que pudo embarcarse al mismo tiempo que su compañero.

Cuando pudo engar entre sus agarrotados dedos el mango de un pagayo, se pintó sobre su arrugado rostro una alegría infantil. El esquifo, impulsado por los dos hombres, se deslizó muy despacio entre las hierbas, rosasolías y bajando hasta el arroyo grande.

Ningun indicio de sospecha interrumpió su silenciosa maniobra. Volvian á ver la luz, y con los ojos bien abiertos, los músculos en tension y el oído alerta, avanzaban introduciendo suavemente sus pagayos, evitando chocar con el casco y hacer ruido.

Pasaron cerca de un desmonte en explotacion, cuyos trabajos debian haber desaparecido momentáneamente. La pirogua costó enormes trozos de madera que flotaban amarrados á toneladas vacíos y que á merced de la corriente se dirigian al Maroni. Todo iba bien. Dentro de pocos minutos quedaria

franqueado el paso peligroso; ensanchábase el Sparwine y ya se divisaba el río.

Los fugitivos se detuvieron un momento, miraron á todas partes, examinaron minuciosamente las menores anfractuosidades del terreno, las raíces y los troncos, y no vieron nada sospechoso.

— ¡Adelante, pues, y á toda velocidad! — dijo Robin en voz baja.

El barco se deslizó como una flecha sobre las aguas del Maroni, cuya orilla opuesta se presentó á unos tres kilómetros de distancia.

Ya empezaban ambos compañeros á crecer en seguridad, y cuando les separaban cuatrocientos metros de aquella tierra inhospitalaria, oyeron gritos de rabia mezclados con terribles imprecaciones.

Después sonó un tiro. La bala, mal dirigida, hizo saltar el agua á más de veinte metros.

— ¡Adelante!.... ¡Casimiro, adelante! — dijo Robin encorvándose sobre el pagayo, que se dobló.

Los gritos, repercutidos sobre la superficie líquida, llegaban claramente á oídos de los bogadores.

— ¡Deteneos!.... ¡deteneos!.... ¡A las armas!.... ¡á las armas!....

Sonaron otros dos tiros.

El proscrito volvió la cabeza, viendo una canoa de cuatro remos que se apartaba de la orilla disponiéndose á la persecucion.

— ¡Valor, amigo mio!.... ¡valor! Les llevamos ventaja. ¡Oh! ¡bandidos! Todavía no nos teneis y no os podereis de mí sino después de muerto.

— Eso es. Esos infames no nos tienen todavía en su poder.

— Dirígete al islote, allí, enfrente.... como si fuéramos á desembarcar.

— Si, compadre, teneis razon.

— Cuando lleguemos haremos un movimiento oblicuo para pasar á la parte opuesta. Por lo ménos estaremos durante algun tiempo resguardados de las balas.

La distancia entre la *Esperanza* y el islote disminuía rápidamente, á medida de la intensidad de la persecucion, que continuaba encarnizada é implacable. Las detonaciones de las armas de fuego se sucedieron sin gran resultado, hasta que una bala rompió el pagayo de Robin.

Este ahogó un grito de rabia, y asiendo un pagayo de repuesto levantó la cabeza. Á su exclamacion respondió el llamamiento desesperado que brotó de la garganta de su mujer cuando pudo reconocerle.

Vió una forma negra caer sobre la arena, varios niños corriendo asustados y algunos negros que gesticulaban. Un hombre con traje europeo se lanzó....

Aquéllos no podian ser enemigos. Aquel grito doloroso no era una amenaza.

¡Pero la mujer.... los niños, en semejante lugar!

¡Gran Dios!....

La *Esperanza* no distaba más que ochenta metros. El fugitivo, rígido como una barra de acero, con los músculos contraídos como un cataleptico, realizó uno de esos terribles esfuerzos capaces de quebrantar el organismo humano cuando el obstáculo resiste.

La pirogua voló sobre las olas, y su casco rozó con

la arena, en la cual se hundió la proa. Con el impulso de un fuerte río Robin un salto, levantó á su mujer desmayada y contempló, con ojos dilatados por el espanto, á los niños mudos y llenos de terror....

El enemigo avanzaba rápidamente. Con una ojeada vió á Nicolas, al negro boni, apoyado en su fusil y la gran cañoa con su toldo de hojas.

— Señor Robin!..... — gritó el parisíense.

— ¡ Nicolas!..... ¡ á mí!..... ¡ á la cañoa!..... ¡ Cuidado vosotros, quietos ahí!..... — gritó á los marineros holandeses.

Al decir esto, sosteniendo con el brazo izquierdo á su mujer inerte, cogió á su hijo mayor por los vestidos, se lanzó á la otra piragua, los puso en ella mientras Nicolas corría con los restantes, seguido por el anciano Casimiro.

— ¡ Embárcate!..... — dijo con acento brava.

El boni obedeció de igual manera sin decir una palabra.

— ¡ Los pagayos!.....

Un marinero holandés se los alarga. Casimiro se coloca á proa, Robin se instala en el segundo banco y el boni se acurruga en la popa.

— ¡ Avante!.....

La cañoa zarpa, mientras los dos negros de Surinam, estupefactos por tan extraña escena, permanecen en el islote con la *Esperanza* encallada.

El boni comprende la maniobra, vira al punto y rodea la isla. Los asaltantes desaparecen, y Robin recobra felizmente la ventaja en el momento en que los boteceros descubren que los dos hombres del *Tropic-Bird* están solos.

Comienza en seguida la persecucion, pero sin probabilidades de éxito. Es verdad que la piragua estaba mucho más cargada que antes, pero la presencia del negro boni era un gran auxilio. El solo valía tanto como una tripulacion.

Desgraciadamente, no estaban todavía fuera del alcance de las carabinas, y Robin, el hombre intrépido que no se conmovía ante el peligro, temblaba al pensar en los seres queridos que por tan maravillosa manera había encontrado. Encorvándose sobre el pagay y concentrando todas sus facultades en la maniobra que debía asegurar la salvacion comun, apenas podía el pobre padre dirigir una mirada de ternura á los pequeñuelos, que temblaban de pavor.

La madre recobraba el conocimiento poco á poco, gracias á las afusiones de agua fria que Nicolas, con más celo que destreza, hacía sin interrupcion.

— ¡ Salvado!..... ¡ se ha salvado!..... — balbuceó por fin.

— ¡ Padre!..... ¡ padre!..... — gritó el mayor de los hijos, Enrique — van á tirar mas.

No bien acabó su frase el niño, cuando una bala pasó rozando el casco y haciendo saltar una lluvia sobre los fugitivos.

Entonces Robin, que aún no había podido estrechar en sus brazos á la mujer heroica que arrostraba toda clase de peligros, ni los pequeños seres á quienes su corazón llamaba hacía mucho tiempo, se sintió dominado por una cólera terrible contra aquellos cuya ferocidad ni apaciguaba ningún impulso hu-

manitario. Había perdonado á Remolino, se veía que le había salvado, pero no se trataba más que de él. Ahora se amenazaba á los suyos. ¡ Una bala podía herirlos allí, delante de él!

Una nube de sangre se extendió delante de sus ojos, y le acometió terrible deseo de matar. A riesgo de entorpecer la retirada, cogió el largo fusil del boni que estaba cargado con postas. El negro, olvidando su pensamiento, sacó de la boca dos balas en mascarilla y las deslizó en los cañones.

— ¡ Bandidos sin corazon y sin entrañas! — gritó el proscrito — ¡ no deis un paso más, ó sois muertos!

Dominados por su actitud, los boteceros y temiendo todo de la desesperacion de un hombre como aquél, bajaron sus armas. Por otra parte, se veían obligados á interrumpir su caza, pues el hervido del agua anunciaba la proximidad de un corriente.

La piragua estaba á la vista del salto Hermína.

El boni Angoso era el único capaz de atravesar aquella barra de arrecifes en los que se rompían las olas formando enormes cascadas de espuma. Con dos golpes de pagay viró en redonda y se puso á proa.

Casimiro y Robin se volvieron en sus bancos para mirar avante, y el dichoso padre pudo ver al fin á sus queridos hijos y á su valiente esposa.

Caditos, ignorante del peligro, batía palmas y parecía encantado.

Los abandonaremos á la felicidad de la primera expansion, y explicaremos cómo Robin y el leproso encontraban en el salto Hermína, cuando en realidad no debían haber llegado á él hasta cuatro horas después de su salida del arroyo.

Todo dependía de una confusion de nombres y de la ignorancia del proscrito acerca de la region geográfica hacia perfectamente admisible. El deportado Gendet dijo de buena fe que aquel arroyo era el Sparwine, pero se equivocaba. El desmoite donde trabajaba en calidad de buscador de madera estaba separado del presidio por una distancia de quinientos kilómetros. Como los hombres que trabajaban en aquellos desmontes no se comunicaban con facilidad Gendet ignoraba la existencia del primero, y tomando el desmoite menor el nombre de Sparwine, dijo que el deportado que se denominaba así por el nombre del río que le cruza y que realmente es el arroyo de Sakura.

De aquí su error en cuanto á la proximidad de un corriente. El islote, que lleva el nombre de Soint-Nazaba, se encuentra á quince kilómetros del Sparwine y sobresale enfrente de otro arroyo situado en la orilla holandesa. Este último era desconocido en aquella época, y solamente en 1879 fué cuando se le llamó arroyo Ruyter, por MM. Cazals y Tahourdet, dos franceses que explotaron los terrenos australes de la orilla izquierda del Maroni.

La marea que se deja sentir hasta aquel punto distante del litoral unos noventa y cinco kilómetros empujaba á los fugitivos hacia el salto Hermína. Los vigilantes no podían confiar razonablemente en salir con su lancha de quilla y timón, pues hubieran sido destrozados desde el primer momento. Así fué que

contentarían siguiendo con la vista á la ligera piragua, que avanzaba con la velocidad de un pez.

El salto Hermína es, entre todas las corrientes del Maroni, la menos difícil de franquear. En efecto, la barra pedregosa que forma una especie de esclusa natural, tiene ochocientos ó novecientos metros de anchura, y la diferencia de nivel no es más que de cinco metros, siendo insignificante la pendiente. Sin embargo, es necesario una gran habilidad y una canoa especial sin quilla y sin timón, alta de popa y de proa para verificar sin peligro aquella travesía.

El boat Angosso, familiarizado desde la infancia con aquella maniobra, evitaba las puntas agudas de las rocas, escogía este ó aquel canal, y no llevaba la piragua por ningún sitio sin haberle examinado previamente.

De vez en cuando el remolino sacudía á la débil embarcación como si fuese una arista amenazando arrebatarla, con gran susto de los niños; pero un golpe de pagay la ponía de nuevo en el buen camino.

Angosso, que chapurraba un poco el criollo, explicaba á Robin, el cual le oía distraídamente, que más arriba había corrientes mucho más temibles, entre ellas el *Salto-Tetey*, situado un poco más abajo del punto en que la ración del Awa y del Tapanahoti forma el Maroni.

La bajada es terrible. Las aguas, apretadas entre las rocas, se lanzan rugiendo por canales demasiado estrechos, ruedan en cascadas, levantan montañas de espuma y se internan en otros sitios para salir como espesos torbellinos produciendo un ruido infernal.

Aquella corriente del *Singa-Tetey*, nombre que significa en boni «el hombre está muerto», es muy peligrosa. Los bogadores abandonan sus pagayas y no maniobran más que dos, uno á popa y otro á proa, cogiendo cada cual una larga y sólida pértiga llamada *huwé*, una de cuyas extremidades apoyan en el pecho.

La canoa, arrebataada como una pluma, vuela sobre la cresta de una ola. Torrentes de polvo diamantino, producidas por el agua que se pulveriza en las rocas, ciegan á los pasajeros, que permanecen agarrados con las dos manos á los bordes. La frágil embarcación, lanzada sobre la punta de un arrecife por la corriente impetuosa, va á romperse. Entonces el hombre de proa se encorva, como la extremidad superior de su tacari sobre las piedras, y sin moverse, recibe el golpe en su pecho y suena como un tatanac. El peligro está conjurado por un minuto. Vuelvo á comenzar la maniobra, ejecutada, ya por uno, ya por otro de los compañeros, y casi siempre con igual éxito.

Por último, después de cinco ó seis minutos de vibradora angustia, el viajero, mojado, ensordecido y lleno de terror, puede respirar á sus anelas en un agua tranquila, y conserva por toda su vida un recuerdo indelible de aquella carrera vertiginosa, marcada á cada instante por los sordos golpes del tacari sobre el pecho de sus guías.

Pero aún no había llegado para Angosso el momento de utilizar sus talentos de bogador gimnasta,

siendo suficiente el pagay. Mientras sondeaba con su ojo de lijo de la Naturaleza el fondo de las agitadas aguas, el bravo mozo descubría de vez en cuando algún soberbio kumaru que saltaba en la corriente, diciendo que aquel admirable pescado de carne exquisita y firme, de grasa perfumada, sería una gran adquisición, y acariando su arco de dos metros de largo, con el cual disparaba una inmensa flecha de tres puntas, que siempre ponía en el blanco.

— ¡Ay señor blanco, señora y niños contentos por la buena huída! Tienen mucha prisa y Angosso no puede coger un kumaru.

El calor era asfixiante, y para mayor desdicha, se cayó la marmita cuando Robin apareció bruscamente en el islote, y con tanta precipitación se verificó el embarque, que no había á bordo ni un gramo de sustancia alimenticia.

La locucidad de Nicolas había decidido. Su estómago gritaba «hambre», y los niños, acurrucados en el fondo de la canoa, lanzaban quejidos lastimeros. Los pobrecitos no habían comido en mucho tiempo. No tenían nada, nada más que un poco de agua tibia sacada del río, y cuya absorción excitaba la sed en lugar de apaciguarla.

Su sufrimiento era intolerable. Necesitaban saltar en tierra, tanto más cuanto que la corriente estaba lejos y los sotacómities habían desaparecido hacía largo rato.

Los Robinsones de la Guayana no tienen que temer ya nada de los hombres, pero en cambio se hallaban expuestos á todos los horrores de la penuria.

No pudiendo más, ahiñados por la fatiga, sin poder respirar, ahogándose en aquel horno, con las entrañas desgarradas, se echaron á llorar, y el más pequeño dejó escapar de sus secos labios este grito lúgubre:

— ¡Padre, padre! ¡Tengo hambre!

Estas palabras articuladas por el más débil hicieron estremecer á Robin. La madre, también extenuada por las acedidas morales y por la necesidad, miró con ansia á su marido.

Era preciso terminar pronto aquella situación, so pena de exponerse á un peligro real é inmediato.

— Casimiro — dijo bruscamente el proscrito — vamos á la orilla. No podemos avanzar más. Estos niños tienen hambre. ¿Qué debemos hacer? Estoy dispuesto á todo, no me importa el cansancio y realizaré lo imposible.

— Vamos — respondió el viejo después de un rápido diálogo con Angosso.

La piragua tomó una dirección oblicua, formando con la orilla derecha un ángulo agudo, y llegó al cabo de media hora á una caleta perdida entre los grandes árboles, y á la cual daba acceso un imperceptible canal como de un metro de anchura.

— ¡Oh, compadre! Voy á dar á los niños leche y yemas de huevo.

Robin miró á su compañero con inquietud, creyendo que perdía la cabeza. En cuanto á Nicolas, que no entendía nada del criollo, cogió aquellas dos palabras: «leche y yemas de huevo.»

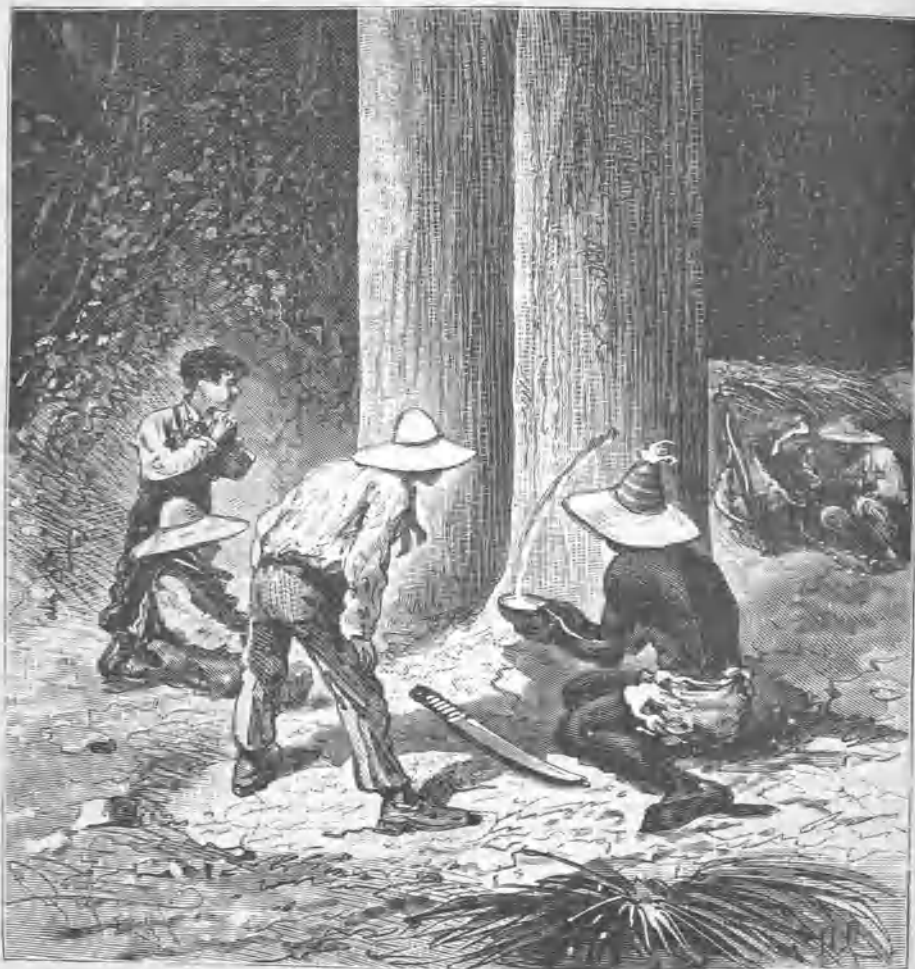
— El pobre viejo choca; no veo pájaros, ni ca-

bras, ni vacas, y á ménos que estos árboles sean gallinas ponedoras ó vacas de leche, no sé cómo cumplirá su palabra.

Con algunos machetazos hábilmente dirigidos echó el boni sobre el suelo una espesa capa de hojas de maripa y de wai. En un momento hincó en el suelo dos postes, los unió con un travesaño, y apoyó en él,

en forma de tejadillo, las más largas y las más fuertes. En tres minutos quedó construido un *ajopa* para la madre y los niños, que se tendieron en un excelente colchón de frescas hojas.

Robin se impacientaba á pesar de la rapidez del negro. Éste sacó de su piragua dos *cuis* perfectamente impermeables, mediante una capa de broca de



Es leche, verdadera leche.

mada *mani*, y savada del *moronobea vocinea*, y viendo dos árboles magníficos, de tronco liso y algo rojo, de unos treinta metros de altura, practicó algunas hendiduras oblicuas en la corteza á pocos centímetros del suelo.

Con gran asombro de Nicolas, cayeron las horridas gotas gruesas, blancas, que se venían fluyendo hasta los vasos á donde las conducía la oblicuidad del córtis.

— ¡Es leche!... ¡Verdadera leche! ¡Oh! ¿Quién lo hubiera creído? — dijo tomando un *cui*.

— Mira, Carlitos, aquí tienes leche vista ordeñar.

El niño llevó avidamente la vasija á su boca, bebiendo á grandes tragos el benéfico licor.

— Está muy bueno, ¿no es verdad?

— Sí — dijo el niño. — Da también á mamá, á Edgocio, á Edmundo y luego á Enrique.

El otro *cui* estaba ya rebosando, continuó la di-

relacion, y en cuanto hubieron todos aplacado su ardor, volvió Nicolás, con tan cónica expresión de felicidad, que sus compañeros, incluso Robín, no pudieron contener la risa.

— ¡Hacia tanto tiempo que no se reía!

— ¿Sabeis, mi amo, que nunca he bebido una cosa tan singular? ¡Leche de árbol! En París no se tiene idea de esto, allí donde se hace leche con sesos, con simón, con yeso, y áon con agua bastante sucia algunas veces. Empiezo á creer que efectivamente encontrarémos hueros. Hé aquí un árbol que siempre conoceré. Quisiera saber su nombre, pues en la escuela me enseñaron muy poco de botánica.

— Es un balata — dijo Casimiro.

— ¿Cómo? — interrumpió Rolón. — ¿Es el balata el árbol de la leche, el *mimosas balata*? Hubiera pasado muchas veces junto á él sin conocerle. Ya ves, Nicolás, cómo no es bastante estudiar tan sólo en los libros.

— Es verdad. Hace falta la práctica: la práctica.

No pudo acabar la frase, y con razon. Un objeto redondo del tamaño de una ciruela claudia se habia desprendido del árbol á cuyo pié se hallaba, cayendo precisamente sobre su saliente.

Levantó la cabeza y vió á Angosso colgado de una de las ramas principales riéndose á más no poder de la broma que acababa de darle.

— ¡La yema de huevo! — gritó alegremente reconociendo el objeto, redondo como una esfera y de un color anaranjado.

— Comed — dijo Casimiro. — Está muy bueno.

— No me haré de rogar, tanto más cuanto que hay abundante ración para todo el mundo. Al menos, podemos estar seguros de que no es huero.

El mozo mordió á boca llena en la pulpa creyendo devorarse de un bocadito.

— ¡Ay! — exclamó haciendo un gesto — dentro está el pollo.

— ¿Cómo el pollo!

— Es un decir. El polluelo de esta gallina cieca de cien piés de altura, es un huevo y muy duro. Creí que se me rompían los dientes contra él. Es curioso. Este huero no es igual por los dos lados. Una de sus caras es lisa como el marfil y reluciente, mientras la otra está llena de rugosidades.

— ¿Se puede comer?

— No está malo; es algo seco, granujiento, pero muy sabroso. Os aseguro que si no vale tanto como un huevo de verdad, mi estómago le recibe perfectamente. Además, ahora podréis convenceros de lo que digo — terminó dando un salto para evitar la lluvia de frutos que descargaba Angosso.

La *yema de huevo* (con este nombre se conoce en Guayana) fué declarada excelente por todos los miembros de la pequeña colonia, los cuales no tardaron en decirse (hablamos de los niños) profundamente.

Robín, que habia cobrado algunas fuerzas con la ingestión de aquel extraño alimento, esperaba con inquietud la llegada del día siguiente. Sabía que aquel fruto, como para calmar el hambre por un momento, no tardaría en ser insuficiente. Los hijos y la madre necesitaban alimentos rónicos, sobre todo en

aquella latitud donde la anemia reina como soberana.

Angosso, la Providencia del día, le sacó de su preocupación.

— Voy á emborrachar el arroyo — dijo sin preámbulos.

— ¿Qué dices? — preguntó el proscrito, creyendo que habia oído mal.

— Voy á emborrachar el arroyo con niku para tener pescado.

— Eso es — afirmó Casimiro. — El pescado gusta del niku y bebe, porque es más borracha que un indio.

— ¿Y despues?

— Le cogereámos, le asarereámos y nos le comeremos.

— No sé lo que quieres decir. Emborracha el arroyo, amigo mío, y haz lo que mejor te parezca. Yo no sirvo para nada.

— Quedaos con la señora y los niños; el boni va á buscar niku.

La ausencia del negro duró cerca de una hora, y ya empezaba Robín á impacientarse cuando apareció Angosso cargado como el mulo de un contrabandista.

Pero al contrario de este apreciable solipedo que goza una reputación injusta de torquedad y que lleva su carga sobre el lomo, el limano ecuatorial sostenia en su cabeza un enorme fardo de bojuacos recién cortados.

Seguramente llevaria cuarenta kilogramos de tallos sarmentosos, de corteza oscura, partidos en trozos de cincuenta centímetros y reunidos en gavillas. Además, tenia en la otra mano un ramillete de hojas y de flores que Robín, botánico de nuevo cuño, reconoció en seguida.

— Esto es madera-borracha — dijo echando su carga al suelo y dando un suspiro al verse libre de ella.

— Niku — repitió Casimiro alegremente.

El mayor de los niños se despertó en aquel momento y alargó la cabeza con curiosidad. Su padre le llamó.

— Enriqueito, hé aqui una ocasión doblemente favorable para estudiar la botánica. Vamos á pasar en este sitio algunos días y quien sabe si largos años, pidiendo á la naturaleza nuestro alimento. Necesitaremos conocerla á fondo á fin de poder utilizar con provecho sus recursos. La necesidad de vivir activará más y más al deseo de instruirnos. ¿Me comprendes, hijo mío?

— Sí, padre — respondió fijando en los del proscrito sus ojos inteligentes y dulces.

— Con auxilio de esta planta, cuya especie y familia reconozco, pero cuyas propiedades ignoraba hasta ahora, quieren nuestros compañeros proporcionarnos una gran cantidad de pescado. Este es un precioso recurso del que debemos aprender á sacar partido. Estas flores y estas hojas no se te olvidarán....

(Se continuará.)

OBRA LAUREADA POR LA ACADEMIA FRANCESA.

SIN FAMILIA

POR HECTOR MALOT.

TRADUCCIÓN DEL FRANCÉS POR ALFREDO GARCÍA LÓPEZ.

Por más que yo no conocía el precio de las cosas, había oído decir muchas veces que las vidrieras costaban mil quinientos ó mil ochocientos francos el ciento y al punto comprendí la importancia del desastre que podía acontrecerlos, si el granizo hubiese roto las quinientas ó seiscientas vidrieras que teníamos, sin contar las estufas y las plantas.

De buena gana hubiera preguntado á Etienne, pero no podíamos entendernos fácilmente á causa del ruido ensordecedor del granizo y además porque me pareció que Etienne no estaba muy dispuesta para hablar, y miraba caer el pedrisco con la misma tristeza con que se debe mirar como arde la cosa propia.

Aquel terrible chubasco no duró mucho tiempo, cinco ó seis minutos cuando más, y cesó de pronto, como de pronto había comenzado; el nublado se dirigía hacia París y salimos de la puerta. En la calle resbalaban bajo nuestros piés los granizos duros y relucidos como las piedrecillas del mar, y era tal el espesor, que á veces nos hundíamos hasta el tobillo.

Lise no podía andar por aquel resbaladizo y mojado suelo, con sus botitas de tela, y me la puse en la espalda; su rostro, tan alegre á la ida, estaba enteramente descompuesto y las lágrimas surcaban su mejilla.

No tardamos en llegar á la casa, cuya puerta principal estaba abierta, y entramos en el jardín.

¡Qué espectáculo! Todo estaba roto y deshecho: vidrieras, tiestos, cajones, pedazos de cristal, granizos, todo esto formaba una mezcla extraña en aquel jardín tan hermoso, tan lozano, por la mañana.

¿Dónde estaba el padre?

Buscámosle por todas partes y llegamos á la estufa principal, en la que no había un solo vidrio intacto; M. Acquin estaba allí sentado, ó por mejor decir, postrado sobre un banco en medio de los restos que cubrían el suelo; Alexis y Benjamín se hallaban inmóviles junto á él.

—¡Oh, pobres hijos míos!—exclamó levantando la cabeza al sentir que nos aproximábamos por el ruido que hacíamos pisando los cristales rotos, ¡oh, pobres hijos míos!

Y tomando á Lise en sus brazos, rompió á llorar sin decir una palabra.

¿Qué tenía que decir?

Era un desastre; mas por grande que se presentase á la vista, era mucho mayor aun por sus consecuencias.

No tardé en saber por Etienne y por los demás cuán justificada estaba la desesperación de su padre. Hacía diez años que había comprado el jardín, cuando él mismo aquella casa. El que le vendió el terreno le había prestado el dinero necesario para ejercer su profesion de jardinero, y tenía que pagar el importe en quince años, por anualidades. Hasta entonces y á fuerza de privaciones y trabajo pudo pagar los plazos religiosamente, y tenía que ser tanto más exacto, cuanto que su acreedor no esperaba más que una ocasion, es decir, un retraso, para esquilmar el terreno, la casa y los aperos guardándose las diez anualidades recibidas. En esto consistían sus especulaciones, y era porque calculaba que en quince años llegaría un momento en que el padre ni podría pagar lo que arriesgó en el negocio tan sencillo pero como peligroso y arriesgado para su deudor.

Al fin llegó aquel momento por causa del padre: ¿Qué iba á suceder?

No estuvimos mucho tiempo en la incertidumbre; pues al día siguiente en que el padre debía pagar anualidad con el producto de la venta de plantas, vimos entrar en casa un señor con traje negro, y que no parecia muy bien educado, el cual nos entregó un papel en el que escribió algunas palabras en una línea que estaba en blanco.

Era un alguacil.

Y desde aquel día volvió repetidas veces hasta que acabó por saber nuestros nombres.

—Buenos días, Kenj—decía—buenos días, Alexis; ¿cómo va, señorita Etienne?

Después nos entregaba el papel sellado sonriéndose como si fuésemos amigos.

—¡Hasta la vista, hijos míos!

—¡Id al diablo!

M. Acquin estaba poco tiempo en casa y se iba á la poblacion. ¿Para qué? Lo ignoro, porque él, tan comunicativo como era, no decía ni una palabra. Sin duda iba á los tribunales.

Al pensar en esto me aterrorizaba; Vidalis estaba tambien ante los tribunales, y ya sabía lo que resultó.

En cuanto al padre, se hizo esperar más tiempo la solucion, y de este modo pasó una parte del invierno. No habiendo podido reparar las estufas y componer las vidrieras, cultivábamos el jardín en legumbres y con flores que exigían poco abrigo; se producian mucho, pero daban alguna ganancia, y entre todo trabajábamos.

Una noche volvió el padre más apesadumbrado que otras veces.

—Hijos míos — dijo — todo ha concluido.

Quise hacerosme porque comprendí que iba á suceder algo grave, y como se dirigía á sus hijos, no me pareció prudente escuchar la conversacion.

Pero con un ademán me detuvo :

—¿No eres de la familia? — me dijo; — y aunque no tengas bastante edad para comprender lo que tengo que decirte, tienes suficiente experiencia, por la desgracia en que has vivido; hijos míos, voy á dejáros.

No hubo más respuesta que una exclamacion, un grito de dolor.

Lise se lanzó á sus brazos y le besó llorando.

—¡Oh! Ya comprendéis que cuando uno abandona á hijos tan buenos como vosotros y á una hija como Lise, es porque circunstancias especiales le obligan á hacerlo.

Y estrechó á la niña contra su corazón.

—He sido condenado á pagar, y como no tengo dinero, embargaré la justicia todo lo que hay aquí; eso no será bastante para satisfacer la deuda y me llevarán á la cárcel donde permaneceré cinco años; no pudiendo pagar con mi dinero pagaré con mi cuerpo y con mi libertad.

Todos comenzamos á llorar.

—Sí, es muy triste — dijo; — pero uno se puede ir contra la ley.

—¡Cinco años! ¿Qué será de vosotros durante ese tiempo? Eso es lo terrible.

Se detuvo un momento.

—No creáis que he dejado de pensar en esto, y he aquí lo que he decidido para que no quedeis abandonados en cuanto ingrese en la cárcel.

Valei á cobrar esperanza.

Keml escribirá á mi hermana Catalina Surlet, que vive en Drenzy, departamento de la Nièvre; en la carta le dará cuenta de nuestra posición y le rogará que venga una vez que esté aquí, y como es muy probable, decidiremos con ella lo más oportuno para el caso.

Aquella era la primera carta que escribía, y confieso que fué un extremo cruel y penoso.

Por más que las palabras del padre fuesen un poco vagas, encerraban alguna esperanza y en la situación en que nos hallábamos no era poco esperar.

¿Qué? No lo sabíamos, pero esperábamos. Catalina iba á llegar y era una mujer que sabía donde tenía su mano derecha; esto bastaba á unos niños tan sencillos é ignorantes como nosotros. Para los que conocen los negocios no hay dificultades en este mundo.

Sin embargo, no llegó tan pronto como habíamos creído, y los guardias de comercio, es decir, los hombres que prenden á los deudores llegaron ántes que ella.

Iba á salir el padre para dirigirse á casa de un amigo, y al poner el pié en la calle se encontró rodeado por ellos. Pero M. Acquin no trató de evadirse, palideció como si se pusiera malo, y rogó á los guardias que lo permitiesen abrazar á sus hijos.

—No os desconsoléis, buen hombre — dijo uno de

aquellos — la prision por deudas no es tan terrible como se cree, y en ella se encuentran personas muy honradas.

Entramos en casa, acompañados por los guardias.

Yo fui á buscar á los niños, que estaban en el jardín.

Cuando volvíamos, tenía el padre en los brazos á Lise que lloraba amargamente.

Entonces uno de los guardias le habló al oído, pero no entendí lo que le dijo.

—Sí — respondió el padre — tenéis razon, es preciso.

Y levantándose bruscamente puso á Lise en el suelo, pero la niña se agarró á él y no quiso saltar su mano.

Entonces abrazó á Etienne, Aléxis y Benjamin.

Yo estaba en un rincón, llorando á lágrima viva. M. Acquin me vió y me llamó :

—Y tú Keml, ¿no vienes á abrazarme? ¿no eres mi hijo?

Estábamos desolados.

—Quedaos ahí, yo os lo manda.

Y salió rápidamente dejando la mano de Lise en la de Etienne.

Hubiera querido seguirle y me encaminé á la puerta, pero Etienne me hizo señas para que me detuviera.

Permanecimos como aniquilados en medio de nuestra cocina; todos llorábamos y á ninguno se le ocurría hablar.

¿Qué habíamos de decir?

Sabíamos que aquella prision había de verificarse un día ú otro, pero pensábamos que cuando llegase el caso estaría presente Catalina, y Catalina era nuestra defensa.

Pero Catalina no estaba.

Una hora despues de la salida del padre llegó la buena mujer y nos encontró en la cocina sin haber cambiado todavía una palabra. La que hasta entonces nos había sostenido estaba á su vez aniquilada; Etienne, tan fuerte, tan animosa, estaba tan débil como nosotros. Ya no nos infundía valor, y habia perdido la voluntad, entregada por completo á su tristeza, de la que no salía más que para consolar á Lise. El piloto habia caído al mar, y nosotros, pobres niños, sin tener á nadie en el timón, sin faro para guiarnos, sin práctico que nos condujera al puerto, aun sin saber si habria puerto para nosotros, estábamos perdidos en medio del océano de la vida, á merced del viento, incapaces de concebir una idea, y con el corazón lleno de espanto.

La tia Catalina era una mujer muy dispuesta, de iniciativa y de voluntad; habia sido nodriza en París, durante diez años, por cinco veces distintas; conocia las contrariedades de la vida y sabia sobreponerse á ellas.

Fuó un consuelo para nosotros oír sus órdenes y obedecerla; habíamos vuelto á encontrar una indicacion y estábamos otra vez en pé.

Para una campesina sin educacion y sin fortuna, constituíamos una grave responsabilidad: una familia de huérfanos, el mayor de los cuales no tenía diez y siete años y la menor era niña. ¿Qué hacer con

aquellos niños? ¿Cómo encargarse de ellos cuando no se tienen los medios necesarios para vivir uno solo?

El padre de uno de los niños que había criado era notario; fué á consultar con él y nuestra suerte dependió de sus consejos. En seguida fué á la cárcel para ponerse de acuerdo con el padre, y ocho días después de su llegada á París, sin habernos dado parte de sus pasos ni de sus propósitos, nos comunicó la determinación que había tomado.

Como éramos demasiado jóvenes para seguir trabajando solos, cada uno de los niños iría á casa de los tíos ó tías que quisieran tomarlos á su cargo.

Lise con la tía Catalina, en Morvan.

Aléxis en casa de un tío que era minero en Varses (Cevennes).

Benjamin con otro tío, jardinero en Saint-Quentin. Y Etienne en casa de una tía, casada, que vivía en Esmendes (Charente), á la orilla del mar.

Yo estaba oyendo aquellas disposiciones y esperando que me llegase la vez. Pero viendo que la tía Catalina había acabado de hablar, me adelanté:

— ¿Y yo? — dije.

— ¿Tú? Tú no eres de la familia.

— Trabajaré lo que pueda para vos.

— Tú no eres de la familia.

— Pregunté á Aléxis y á Benjamin si tengo aptitud para el trabajo.

— Y para comer también, ¿no es verdad?

— Sí, sí, es de la familia — dijeron todos á una voz.

Lise dió algunos pasos y juntó las manos delante de su tía con un movimiento más elocuente que un discurso.

— Hija mía — dijo la tía Catalina — te comprendo muy bien, quieres que venga contigo; pero en la vida no puede hacerse todo lo que se quiere. Tú eres mi sobrina, y cuando estemos en casa, si mi marido dice algo ó pone mala cara al sentarnos á la mesa, no tendré más que decirle: «Es de la familia, si no le recogemos, ¿quién lo va á hacer?» Y lo que te digo respecto de nosotros es aplicable al tío de Saint-Quentin, al de Varses y á la tía de Esmendes. Cada cual acepta á los parientes, pero no puede hacer lo mismo con los extraños; el papá escusa para la familia y no hay para todos.

Comprendí que era inútil hablar ni hacer observación alguna. Lo que decía era verdad por desgracia. «Yo no pertenecía á la familia.» No tenía nada que reclamar; pedir algo hubiera equivalido á mendigar. Pero ¿cómo los hubiera querido tanto siendo de la familia? ¿No eran hermanos míos Aléxis y Benjamin y no eran mis hermanas Etienne y Lise? ¿No los quería bastante? ¿Y no me quería Lise de igual manera que á Aléxis y á Benjamin?

La tía Catalina no aplazaba nunca la ejecución de sus resoluciones; así, pues, nos participó que al día siguiente debíamos separarnos y nos envió á dormir.

En cuanto estuvimos juntos todos me rodearon, y Lise me abrazó llorando. Entonces comprendí que, á pesar de la pena que tenían, pensaban en mí, se conaban de mí fuerte y conocí que eran mis hermanos. Una idea, una inspiración subió desde mi corazón á mi espíritu.

— Oid — les dije — conozco que si vuestros parientes no me quieren, vosotros me consideráis de la familia.

— Sí — dijeron los tres — tú serás siempre nuestro hermano.

Lise, que no podía hablar, confirmó aquellas palabras apretándose la mano y mirándome con tal ternura que me hizo derramar lágrimas.

— ¡Pues bien! Sí, lo seré y os lo demostraré muy pronto.

— ¿Dónde vas á colocarte? — dijo Benjamin.

— Hay una plaza vacante en casa de Perrin. ¿Quieres que vaya á pedirla para ti, mañana? — dijo Etienne.

— No quiero colocarme; si lo hiciera tendría que permanecer en París, y eso es lo que trato de evitar. Volveré á ponerme mi zamarra, descolgaré mi arpa de su clavo é iré de Saint-Quentin á Varses, de Varses á Esmendes y de Esmendes á Dreux, os verá á todos, unos después de otros, y por mi medio estaréis siempre reunidos. No he olvidado mis canciones ni mi música de baile; con ellas ganaré el sustento.

Por la satisfacción que vi retratada en sus semblantes conocí que mi idea realizaba sus propias aspiraciones, y en medio de mi pena, tuve un momento de alegría. Hablamos durante un buen rato de nuestro proyecto, de nuestra separación, de nuestra reunión, del pasado y del porvenir. Luego cuando Etienne me nos acostamos, más ninguno pudo dormir aquella noche y yo quizás menos que mis hermanos.

Al día siguiente, muy temprano, me llevó Lise al jardín y conocí que tenía algo que decirme.

— ¿Quieres hablarme?

Hizo un ademán afirmativo.

— Sientes mucho que nos separemos; no necesitas decirme lo, lo veo en tus ojos.

Dióme á entender que no se trataba de aquello.

— Dentro de quince días estaré en Dreux.

Movió la cabeza.

— ¿No quieres que vaya á Dreux?

Con el objeto de entendernos mejor, yo pregunté por preguntas y ella contestaba con un signo afirmativo ó negativo.

Me dijo que quería que fuese á Dreux; pero, extendiendo la mano en tres diversas direcciones, ánteme comprender que ántes debía ir á ver á sus dos hermanos y á su hermana.

— ¿Quieres que vaya primero á Varses, á Esmendes y á Saint-Quentin?

Sonrióse la niña satisfecha porque la había comprendido.

— ¿Por qué? Yo quisiera ir á verte ántes que á nadie.

Entonces, con sus manos, con sus labios y con sus elocuentes ojos, me dió á entender la causa de aquella pregunta; he aquí cómo tradujo lo que me explicó:

— Para que yo tenga noticias de Aléxis, de Etienne y de Benjamin, es preciso que los veas primero. Luego irás Dreux y me repetirás lo que hayas visto; lo que te hayan dicho.

¡Quietada Lise!

A las ocho de la mañana debían ponerse en camino; la tía Catalina había alquilado un enorme coche para llevar á todos los hijos á la prision donde estaba su padre, y hiégo á cada uno con su equipaje á la estación del camino de hierro donde debían embarcarse.

A las siete me llevó Etienneette al jardín.

—Vamos á separarnos — me dijo; — quiero dejarte un recuerdo, tómale, es un estuche de costura; dentro de él encontrarás hilo, agujas y unas tijeras que me regaló mi padrino; cuando vayas de viaje necesitarás todo eso y yo no estaré á tu lado para re-

mendar tu ropa ó coser un boton. Siempre que te sirvas de las tijeras te acordarás de nosotros.

Mientras me hablaba Etienneette, rondaba Aléxis cerca de nosotros; cuando aquélla entró en la casa se acercó á mí:

—Tengo dos piezas de cien sueldos — dijo — si quieres aceptar una, te la doy.

Entre los cinco niños, Aléxis era el único que tenía afición al dinero, y siempre nos burlábamos de su avaricia; ahorraaba sueldo á sueldo y se complacía en guardar las monedas nuevas, contándolas á cada momento, poniéndolas á relucir al sol y haciéndolas bailar.



El carruaje partió rápidamente.

Su oferta me conmovió en extremo; quise negarme á tomar dinero alguno, pero insistió deslizándome en mi mano una pieza brillante y que parecía recién acuñada; este detalle me hizo comprender hasta dónde llegaba el cariño que por mí sentía y que era superior al que abrigaba por su pequeño tesoro.

Benjamín tampoco me olvidó y quiso hacerme un regalo; me dió su navaja, pero en cambio me exigió un sueldo, «porque cuando se regala un instrumento cortante se rompe la amistad.»

Aproximábase la hora de marchar; faltaban quince minutos; un momento despues teníamos que separarnos. ¿Se acordaría Lise de mí?

Cuando se oyó en la calle el ruido del coche salió del cuarto de la tía Catalina y me hizo señas para que la siguiera al jardín.

—¡Lise! — exclamó la tía Catalina.

Pero la niña no respondió, siguiendo apresuradamente su camino.

En los jardines destinados al cultivo de las flores todo se sacrifica á la utilidad, y no hay sitio especial para las plantas de fantasía. Sin embargo, en nuestro jardín había un gran rosal de Bengala que no fué arrancado, porque estaba en un rincón.

Encaminóse Lise hácia el rosal, cortó una rama que tenía dos capullos y volviéndose á mí me dió uno.

¡Ah! ¡cuán pálido es el lenguaje de los labios comparado con el de los ojos! ¡Cuán frias son las elocuentes frases al lado de una mirada!

—¡Lise, Lise! — exclamó la tía.

Ya estaban los equipajes colocados en el coche.

Tomé mi arpa y llamé á *Capi*, el cual no se admiró nada al ver el instrumento y mi antiguo traje; por el contrario, empezó á saltar, conociendo indudablemente que íbamos á ponernos de nuevo en camino recobrando nuestra vida de libertad, más agradable, para él, que la existencia sedentaria que hasta entónces había llevado.

Llegó el momento de la despedida, que la tía Catalina abrevió haciendo subir al coche á Etienneette, Aléxis y Benjamin, y diciéndome que pusiera á Lise sobre sus rodillas.

Luégo, observando que yo estaba medio aturdido, me empujó suavemente y cerró la portezuela.

—¡Dad un abrazo al padre, de mi parte! — exclamé — porque.... Un sollozo ahogó la voz en mi garganta.

—¡En marcha! — dijo la tía.

El carruaje partió rápidamente.

A traves de mis lágrimas vi la cabeza de Lise que se inclinaba por la vidriera y su mano enviándome un beso. Despues dió vuelta el coche á una esquina y no vi más que un torbellino de polvo.

Todo había concluido.

Apoyado en mi arpa, con *Capi* á mis pies, permanecí largo tiempo mirando maquinalmente el polvo que volvía á caer en la calle.

Un vecino que se había encargado de cerrar la casa y de guardar las llaves para el dueño, me sacó de mi distracción, volviéndome á la realidad.

— ¿Vas á estar siempre ahí? — me dijo.

— No, me marchó.

— ¿Dónde vas?

— A donde me lleve el camino que está delante de mí.

Un sentimiento de compasión hizo que me alargase la mano.

— Si quieres quedarte conmigo — dijo — yo me encargaré de ti, pero sin darte salario, porque aún no eres bastante fuerte; más adelante, es posible que te lo dé.

Le agradecí mucho su proposición.

— Como quieras; lo decía por ti; ¿buen viaje!

Y se marchó.

El carruaje había desaparecido; la casa estaba cerrada.

Pasé la correa de mi arpa sobre el hombro y aquel movimiento que tantas veces había hecho, llamó la atención de *Capi*, que se puso en pie fijando sus brillantes ojos en los míos.

— ¡Vamos, *Capi*!

El perro comprendió lo que le decía y empezó á saltar ladrando alegremente.

Aparté los ojos de aquella casa en la que había vivido durante dos años, en la que creí vivir siempre, y los dirigí hacia el camino.

El sol se hallaba en el zénit, el cielo estaba azul y el aire tibio; en nada se parecía aquel aspecto al de la fría noche en que caí aniquilado por la fatiga al pie de aquellas tapias.

Los dos años transcurridos fueron una especie de descanso; era necesario que volviese á emprender el camino.

Pero aquel descanso había sido muy provechoso.

Me había comunicado fuerza.

Y lo que valía mucho más que la fuerza de los miembros, era la amistad que se albergaba en el corazón.

Ya no estaba solo en el mundo.

Mi vida tenía un objeto: ser útil y agradable á los que yo amaba y por quienes era amado.

Se me abría una existencia nueva. Evoqué el recuerdo de Vitalis, me dije: ¡Adelante!

SEGUNDA PARTE.

CAPÍTULO I.

ADELANTE.

¡Adelante!

El mundo estaba abierto para mí y podía dirigir mis pasos al Norte, al Sur, al Este ó al Oeste, según mi voluntad.

Era un niño todavía y ya era dueño de mi libertad; ¡Ay! Esto era precisamente lo que hacía más triste mi situación.

¿Cuántos niños se dicen por lo bajo: «¡Ah! ¡si yo pudiera hacer lo que quisiese; si yo fuera libre; si yo fuera dueño de mis acciones!»; Cuántos esperan con ansiedad que llegue el dichoso día en que tengan aquella libertad..... de hacer tonterías!



¡Adelante!

En cambio, yo me decía: «¡Ah! ¡si yo tuviese á quien que me aconsejara, que me dirigiera!»

Entre aquellos niños y yo había una diferencia, terrible.

Si ellos cometen torpezas tienen á su espalda personas que les alarguen la mano cuando caen, y que les levanten cuando están en el suelo, mientras que yo no tengo á nadie; si yo cayera llegaría hasta la última vez, y una vez allí me levantaría solo si no me la hubiera hecho pedazos.

Por desgracia, tenía bastante experiencia para comprender que me destrozaría.

A pesar de mi juventud, la mala fortuna me había tornado más circunspecto y más prudente que son los ordinarios los niños de mi edad, ventaja que me costó muy cara.

Antes de engolfarme en el camino que se me presentaba, quise ver al hombre que en los últimos años se había conducido conmigo como un padre; si la tía Catalina no quiso llevarme al mismo tiempo que á los niños, iría yo solo á darle un abrazo.

Aunque nunca había estado en la prisión para los deudores, había oído hablar bastante de ella para encontrarla sin vacilar. Iría hacia la Magdalena, y allí preguntaría la dirección. Sabiendo que la tía Catalina y los niños habían podido entrar para ver á su padre, deduje que á mí no me negarían la entrada. Yo también era, ó por mejor decir, había sido hijo suyo.

Desistí de atravesar todo París seguido de *Capi*. ¿Qué hubiera dicho si los guardias de Seguridad me hubiesen preguntado? Entre todos los temores que me había producido la experiencia, ninguno era comparable al que me causaba la policía; el recuerdo de Trelosa estaba fresco en mi memoria. Até a *Capi* con una cuerda y me pareció que se ofendió vivamente en su amor propio de perro instruido y bien educado; sujeto de este modo, nos pusimos en marcha hacia la prisión de Clichy.

Existen en este mundo cosas muy tristes, y cuyo aspecto conduce á lúgubres reflexiones; no conozco nada más feo ni más terrible que la puerta de una prisión.

Antes de entrar en la de Clichy me detuve un momento, como si tuviese miedo á que me dejasen allí encerrado y á que la puerta, aquella espantosa puerta que tras de mí se había cerrado, no se volviese á abrir.

Pensaba que era muy difícil salir de una cárcel,



Me detuvo un momento.

pero quería que no era más fácil entrar en ella. No lo sé en saberlo por experiencia propia.

Por último, llegué al lado de M. Acquin.

Me hicieron entrar en un locutorio en el que no había ni barras ni varjas, como yo me figuraba, y á donde se presentó al poco rato el padre, sin grillos ni cadenas.

— Te esperaba, mi querido Kemi — me dijo — y he reprendido á Catalina porque no te trajo con los niños.

Al oír aquellas palabras desapareció la tristeza que tenía desde por la mañana.

— Catalina no ha querido que me fuese con ella.

— No era posible, hijo mío, pues en este mundo no se hace siempre lo que se quiere. Estoy seguro de que hubieras trabajado para ganar tu sustento, pero Societ, mi cuñado, no hubiera podido darte trabajo; es guarda-escuelas, en el Nivernais, y ya comprendes que los guarda-escuelas no pueden ajustar para su servicio á los jardineros. Los niños me han dicho que querías hacer tu profesión de cantor. ¿Has olvidado que te faltó pan para morir de hambre y de frío á nuestra puerta?

— No, no lo he olvidado.

— Y sin embargo, entonces no estabas solo, tenías un amo que te dirigía; lo que tratas de hacer, hijo mío, es muy grave á tu edad; solo... por las carreteras.

— Tengo á *Capi*.

Como hacía siempre que oía pronunciar su nombre, respondió con un ladrido que significaba: «¡ Presente! Si me necesitas, aquí estoy.»

— ¡ Si! *Capi* es un excelente perro; pero no es más que un animal. ¿Cómo vas á ganar tu sustento?

— Cantando y haciendo representar á *Capi*.

— Pero él no puede hacer comedias solo.

— Le enseñaré algunas habilidades; ¿no es verdad, *Capi*, que tu aprenderás todo lo que yo quiera?

El perro se llevó la mano al pecho.

— Por último, hijo mío, si tú fueses prudente, te colocarías; ya eres un buen obrero, y esto vale más que andar por las carreteras, oficio de holgazanes.

— No soy holgazán, ya lo sabéis, y jamás habréis oído quejarme de tener demasiado trabajo. En vuestra casa hubiera hecho lo que hubiese podido permaneciendo siempre á vuestro lado; pero no quiero colocarme en ninguna otra parte.

Indudablemente pronunció aquellas palabras de una manera particular, pues M. Acquin me miró con atención un momento sin responderme.

(Se continuará.)

INGLESES Y ESPAÑOLES EN EL POLO SUR.

AVENTURAS Y DESCUBRIMIENTOS EN LA ZONA GLACIAL ANTÁRTICA.

POR D. JOSÉ MORENO PUNTES.

Las tierras que costean los buques ingleses eran completamente desconocidas; en ningún mapa se anotaba su situación. De buena gana el teniente irlandés y los oficiales del *Great-Britain* hubiéranse detenido á reconocerlas y estudiarlas en sus peculiares aspectos, pero Mr. Crossbow se opuso tenazmente alegando que la estación estaba muy adelantada y no era conveniente les sorprendiera el invierno sin haber dado cima á su empresa, que era el principal, casi el exclusivo objeto de la expedición.

Como que el viento contra-aliso escaseaba de momento en momento fué preciso continuar navegando sólo á vapor, si bien á media máquina, para aminorar en lo que se pudiera el gasto de combustible.

Además, los numerosos témpanos que cubrían el mar y asaltaban por todas partes á las embarcaciones, dificultaban en gran manera la rapidez de su marcha.

En la temperatura ibanse experimentando sensibles variaciones; el sol permanecía constantemente á la vista; su disco era más luminoso y resplandeciente; su dulce calor regocijaba el ánimo. Pinguinos, petreles, albatros y fállicas revoloteaban sin cesar al rededor de los buques; también el mundo acuático mostrábase henchido de animados seres; la vida parecía bullir en las olas del mar.

III.

Antes de que dobláran el *Cabo de las Corrientes*, habían ya las embarcaciones inglesas pasado el Circulo polar antártico por los 69° de latitud S. y los 6° 15' de longitud E. Casi pudiera decirse que el citado promontorio señalaba en aquel paraje los límites del Circulo polar, á modo de gigantesco jalon colocado allí por la Naturaleza.

¡Cuántos cataclismos geológicos habrían presenciado aquellas solitarias y emparejadas rocas! ¡A cuántos otros tal vez dieron origen las violentas erupciones de aquel cráter, igualmente y terrible en remotísimas épocas, y cubierto en la actual durante diez meses del año por inmensa envoltura de hielos!

La expedición avanzaba hácia el S. con toda la rapidez que permitían las dificultades de aquella especial navegación. Obsérvese que las ballenas francas, tan numerosas antes de doblar el *Cabo de las Corrientes*, iban haciéndose cada vez más raras; en cambio, innumerables petreles y albatrosos surcaban el aire y corrían sobre la superficie de las olas, sin que, al parecer, les produjera espanto alguno la vista de las

embarcaciones; antes bien discurrían en torno sus poscidas de curiosidad y admiración; algunas se pasaron atrevidamente por algunos instantes en la voladura de los buques.

También en medio de las olas y jugueteando sobre ellas se veían bullir y agitarse grandes bancos de peces de vivos colores y brillantes escamas.

El 18 de Diciembre, según las observaciones que se hicieron á mediodía, navegaban las naves inglesas por los 71° 15' de latitud S. y los 8° 21' de longitud E. Los témpanos de hielo que sobrenadaban eran cada vez más numerosos; aunque advertíase que su volumen decrecía según se avanzaba por aquella desconocida ruta.

El tiempo presentábase benigno, la temperatura del ambiente marcaba 33° Fahrenheit (0,56 centígrado), y habíase elevado por lo ménos 15° á la que se experimentaba antes de doblar el *Cabo de las Corrientes*; la declinación (1) de la brújula sólo ascendía á 11° 19' hácia el E. por aximut.

Exceptuando, pues, los peligros á que exponían á los buques los hielos flotantes, se realizaba la navegación en inmejorables condiciones.

La corriente que se dirigía al parecer hasta el extremo polar, cuyas aguas surcaban los bajíos del Reino Unido, llevaba una velocidad de un kilómetro por hora, y según hizo notar el teniente de navío mister Francis O'Donnell, aquella fuerza de traslación, aunque con gran lentitud, aumentaba su impulso medida que la corriente se internaba en el polo.

También de repetidos experimentos se dedujo que en igual proporción iban perdiendo su movilidad las aguas interpuestas entre la corriente que ascendía á la que bajaba.

Pero lo que llamaba en gran manera la atención de los marinos ingleses eran las extrañas nebulosidades que desde que doblaron el promontorio aparecieron al S. en el lejano horizonte, ocupando muchos grados de extensión.

Objeto fué aquel singular fenómeno de muchos comentarios y controversias entre los oficiales de la expedición. Algunos suponían era una niebla común que, herida oblicuamente por los rayos del sol, tomaba sorprendentes apariencias; otros negaban que impusese constantemente en aquellas zonas niebla alguna, y creían que lo que se observaba era un simple efecto de espejismo ocasionado por la refracción de la

(1) Declinación de la brújula. — Diferencia que señala la aguja del polo magnético al terrestre.

rescender en la atmósfera, ménos agitada allí, porque levanta sobre el eje de la tierra; que en las demas alturas de nuestro esferoide.

Mister Lewis Fox, comandante del *Gibraltar*, disienta de ambas opiniones; rechazábalas en absoluto, fundándose en que aquel fenómeno parecia estar en perpetuo movimiento por las diferentes apariencias que tomaba; y si la atmósfera hallábase allí ménos agitada, ¿cómo producía la extrema movilidad de aquellas nebulosidades? ¿Lo que está inmóvil puede ocasionar el movimiento?

— A mí entender — añadió — por efecto de la elevada temperatura que existe en las altas latitudes del polo, segun se imaginaba ántes y asevera hoy, como testigo presencial, el ballenero holandés, cuyas neblinas oceánicas, las evaporaciones de las aguas del mar y los innumerables effluvios terrestres, condensándose en la atmósfera, presentan á larga distancia el aspecto con que se las ve, el cual sufre á cada momento notables modificaciones, segun van nuevos contingentes á unirse á la masa principal.

— Ninguna de esas hipótesis — dijo á la sazón el oficial irlandés — explica lo más esencial del fenómeno. ¿Cómo resolveréis por ellas esas fulguraciones, esas fosforescencias rojizas, que de vez en cuando parecen iluminar las nebulosidades á que nos referimos? ¿Cómo explicaréis esos extraños desgarramientos que experimentan muchas veces de abajo arriba, y esas opacidades que suelen despues extenderse por su superficie, cual si las invadiera de repente oscura noche? ¿De qué manera haréis comprensible el movimiento ondulatorio que sufre á veces esa considerable masa de vapores, como si fuera un inmenso cortaje que agitará el viento?

— ¡Voto á cien tempestades! Y bien, ¿podréis vos explicarnos todo eso? — exclamó Mr. Cróssbow, que anda en deseos de poner en evidencia al teniente de navío.

— Al suponer deficientes — repuso con glacial acento el irlandés — las opiniones emitidas, no pretendo en modo alguno que prevalezca mi parecer, mucho más cuando ni á formularle siquiera me atrevo.

IV.

Tres días despues, el 21 de Diciembre, hallábase la expedición á los 74° 14' de latitud S. y 6° 23' de longitud E.

Continuaba el tiempo magnífico; habíase elevado la temperatura atmosférica á 42° Fahrenheit (6° 55' centígrado), y la del agua del mar á 29°. Es un hecho comprobado ya que las temperaturas del ambiente y de las mareas se elevan en grados, á medida que desde el Círculo polar antártico se avanza hacia el S.

Casi en la misma proporción disminuye la declinación de la aguja magnética. Desde que se atraviesa aquel Círculo, parece como que la Naturaleza entra en una region de reposo y benignidad relativa; lo propio puede acontecer, aunque no de tan determinada manera, en la línea ecuatorial.

Completamente desahucadas las brisas, sólo á favor de las mangunas adelantábanse los buques por el medio de aquellas aguas tranquilas y de los hielos

que en ellas sobrenadaban, cuyo número iba disminuyendo considerablemente.

— ¡Por la Nueva Sion! — prorumpió en las primeras horas de aquel día el irascible gibraltareño, mientras desde el castillo de proa inspeccionaba atentamente el horizonte con un largo antejo. — Juraría — siguió diciendo — que hacia el Sur, á mucha distancia, se ven dos rastros de humo, como si se escapasen de las chimeneas de un buque de vapor.... ¡Truenos y rayos! si estuviese allí Félix Ballesta.... Ved, John Smith, ved si me equivoco.... Mirad por encima de la uña del ancla.... ¿Qué observais?

— Nada, capitán. Lo que habeis tomado por humo quizá sea la bruma, que, bajo la acción de los rayos solares, se eleva sobre el mar.

— Mucho me alegraría engañarme.... Pero no, ¡voto á mi nombre! ahora se ve distintamente.... Mirad, mirad.... ¿Diréis tambien que me equivoco?

— En efecto, capitán, parece.... Pero no olvidéis que no podemos fiarnos en absoluto de nuestros ojos; todas las cosas revisten en estas regiones caracteres excepcionales.

— Si, sí.... mas bueno será que salgamos pronto de dudas.... Decid al maquinista que aumente la presión cuanto se pueda, y.... ¡efén tempestades! si fuere lo que sospecho.... si marchase delante de mí el aborrecido español.... ¡ah! ¡entonces.... entonces!....

Y Mr. Cróssbow con un amenazador propósito dirigió sus cerrados puños hacia los parajes en que creia percibir, ficticia ó real, la huella del que llamaba su enemigo.

CAPÍTULO XVI.

SE EMPRENDE LA CAZA. — ERAN DOS BUQUES DE VAPOR. — SE ESTRECHAN LAS DISTANCIAS. — LOS DOS VOLCANES.

I.

Vivamente impresionados sintiéronse los tripulantes de las embarcaciones inglesas ante la posibilidad de que el buque que por tantos días persiguieron les hubiese ganado la delantera.

Ya he dicho que casi todos, excepcion hecha de Mr. O'Donnell, se hallaban en este asunto completamente identificados con los propósitos y hasta con las aprensiones de su atrabiliario jefe.

El *Great-Britain* y el *Gibraltar*, navegando de conserva, corrian á toda máquina en persecución de aquel buque, entrevisto apenas.... Pero las horas trascurrieron y John Cróssbow no lograba despejar la incógnita de aquella aparición extraña.... Allí, á algunas millas delante de él, veíase una ligera columna de humo vivamente iluminada por el sol.... ¿Qué la producía? ¿Serían fundados sus temores?

Causábase una perplejidad advertir que cuanto más avanzaba en su seguimiento, apenas parecia disminuirse la distancia interpuesta entre su buque y aquella provocadora vision, que despertaba en su espíritu un mundo de conjeturas y de vagas intenciones.

Era preciso alcanzar á todo trance la yaga apa-

riencia que ante sus ojos huía, convencerse de que era impalpable ilusión ó bien tangible realidad; y en el último extremo destruirla, exterminarla, hacer que desapareciese en los abismos de aquellos mares ignotos.

Estas y otras ideas no ménos espantables surcaban como ráfagas de fuego por la imaginación de aquel hombre, terrible y andaz como poens.

Exponiéndose á una catástrofe poco ménos que segura, emprendió con sus bajeles vertiginosa carrera en pos de la supuesta nave española. Empero, la distancia parecia aminorarse tan poco, que apenas era apreciable la ventaja, en el supuesto de que hubiera alguna.

— ¡ Ah! ¡ rayos de Dios! — exclamaba el capitán inglés, convulso de ira. — ¡ También él corre!.... Si, corre con desatentado empuje.... ¡ Ah! yo le aventajaré!.... ¡ Por la Nueva Sion! ¡ Marquista, más combustible á las fornallas! ¡ Mas vapor, más vapor! ¡ Avante, avante por la noble Inglaterra!

II.

Pasó aquel día sin que ocurriera suceso alguno digno de contarse. Al siguiente hizose más distinta la aparición de las anteriores; ya no fué posible dudar: dos buques de vapor navegaban á toda máquina delante de los bajeles británicos; éstos sólo en dos millas escasas habian logrado acortar el espacio interpuesto entre unos y otros.

Pero John Cróssbow, nervioso, irritado, calenturiento, proseguía la caza de aquellas naves con más ardor que nunca. A todo estaba dispuesto; ninguna consideracion humana le hubiera retraído de sus propósitos.

Entre tanto, según las observaciones practicadas á bordo, los expedicionarios ingleses encontrábase aquel día, 23 de Diciembre, á los 77° 15' de latitud S, y los 5° 17' de longitud E. Con una sonda de doscientas brazas no se habia encontrado fondo, y la corriente que ascendía al polo llevaba entónces una velocidad de más de dos kilómetros por hora.

También la temperatura atmosférica y la del agua habian subido en algunos grados á las observadas el día 21; la desviación de la aguja imantada era apenas perceptible.

Los marineros aspiraban con fuerza el ambiente, pues parecia vivificarlos, saturado en aquellos dias de efluvios refrigerantes y del suavísimo calor con que el astro de la luz, distante 95.000.000 de millas, desenvuelve la existencia en nuestro humilde globo.

Gran motivo de satisfacción para los oficiales ingleses fué el hecho de haberse adelantado con sus buques 3° más al S. que ninguno de cuantos navegantes les habian precedido en la exploracion de aquellas latitudes, incluso el celebre James Cook, que sólo alcanzó el paralelo 74.

Pero aquellos bravos marinos en su entusiasta obcecacion olvidaban que otras dos embarcaciones, de superior andar también, surcaban delante de ellos aquellos desconocidos mares. Tal vez inaludidos del falso celo y amor patrio de que hacia ostentoso alarde su jefe, pensaban que sólo en ellos debia reful-

todo el honor y la gloria de aquella arriesgada empresa. Acaso muchos de ellos, si no todos, armados por las excitaciones de John Cróssbow, creían de buena fe en el indiscutible derecho de Inglaterra á preponderar en todos los mares....

Sea de esto lo que se quiera, lo cierto, lo indudable es que las tripulaciones de ambos bajeles parecian secundar á maravilla las secretas órdenes del capitán gibraltareño.

III.

El 25 de Diciembre, como á las siete de la mañana, veíase por la proa del *Great Britain*, y á poca más de una milla, dos embarcaciones de helios.... ¡ corte, su galibo, su arboladura, todo en ellas se anunciaba; eran el *Baltasar Ballesta* y el *Algerina*.

Cinco dias de constantes esfuerzos, de desesperado andar, de prodigios de audacia costó á los ingleses alcanzar á las naves españolas. Cinco dias en los cuales vivieron bajo la continua amenaza de que hicieran explosión las máquinas de sus buques, sometidas á un aumento de presión que casi traspasaba los límites de lo conveniente.

La marinería mostrábase encantada con el incalculable valor que desplegaba en aquellos dias su capitán. Pero no era, ciertamente, su temerario arrojo aquel valor sereno que afronta el peligro con perfecta nocion de lo que intenta, sino la audacia inconsciente, brutal, producida por la exaltacion del ánimo ó por un acceso de fiebre; en tal extremo, el valor es simplemente un caso patológico que reviste más ó ménos gravedad.

Juan Ballesta, exponiendo á sus barcos á una inminente catástrofe por alcanzar al que suponía enemigo; no miraba mientes en el siniestro que, cual otra espada de Damócles pendiente de un cabello, oscilaba sobre su cabeza y las de sus subordinados.

Sometido inconscientemente á sus odios y á sus ambiciones, sólo pensaba en destruir á su contrario. Su anglomania, como crónica enfermedad, perduraba como el simfil, exacerbaba el carácter oposicionista y atrabiliario de aquel hombre, cuya animosidad y concentrado encono llegaron en los últimos dias á paroxismo, al vértigo, al delirio de la calentura.

John Cróssbow, de suyo temible y arrebatado bajeles, la presión de aquellos factores y de las circunstancias, desconocía el peligro y se arrojaba á él con la inconsciente temeridad del que obra fuera de su cabal juicio.

Por orden suya, á la vista de los bajeles españoles se enarboló en los mástiles de sus buques la bandera británica. Poco tiempo despues ondeó en los del *Baltasar Ballesta* y del *Algerina* el pabellon de su nacionalidad, pero no sucedió entre unos y otros algun cortés saludo.

El capitán inglés decidió echar el resto, como es de decirse, para dejar por la popa á sus odiosos rivales, y penetrar atrevidamente en el mar libre que sus miradas se extendía.

Su terrible constancia, su temerario arrojo habiéndole hecho encontrar la misteriosa ruta del balceson irlandés, y no necesitaba ya que el rumbo y los mar-

de los bajelos contrarios se la indicasen. Las circunstancias en los dos últimos días despejaron aquella especie de incógnita.

IV.

Llegó al fin á conocerse el origen de las extrañas nebulosidades que flotaban al S. en el horizonte, así como las causas de sus fosforescencias y desgarramientos.

Á diez millas á lo sumo, levantábase en medio del mar con gran violencia una enorme montaña de aguas calientes, que se resolvían en el espacio en neblina llovizna y en inmensa cantidad de vapores azules y sulfurosos; parecía, á lo lejos, una voluminosa temefacción de la superficie del Océano austral.

Al E. del volcán submarino, pues no otra cosa representaba aquel monte de rugientes aguas, elevábase á tres ó cuatro millas un inmenso cono de rocas y pedruzcos emparejados, brillantes en algunos puntos con irisados colores.

Desde la cima del cono se escapaban de vez en cuando espesas columnas de humo y vapores, que mezclaban sus negras tintas con las blancas nebulosidades del volcán submarino, formándose erupciones de cenizas y piedras incandescentes, y turbellinos de encendidas lavas, que corrían por los flancos de la península mole á sepultarse en las aguas del mar, las cuales, al recibirlos, resolvíanse en nubes de cenizas amoniacales, y silbaban y rugían, retorciéndose en inmensas vorágines.

También la montaña de agua rugaba á menudo su linchado seno, y salían de él, entre horribles resonancias, deslumbradores haces de llamas rojas y azules, materias incandescentes, y altos chorros de líquidos inflamados que parecían escapar violentamente de multitud de sifones submarinos.

Aquel espectáculo era imponente, terrible y sobre toda ponderación grandioso.

El cono ó promontorio volcánico señalaba al O. el primer jalon del gran continente antártico, que, según las hipótesis de algunos sabios, debía contrabalansear las tierras situadas en el polo Norte.

Á través de la espesa nebulosidad, por las aberturas de sus desgarrados núcleos, apercebíase á veces un mar líbre y pintoresco y dilatado paisajes....

Si desalentada y loca carrera habían seguido hasta entonces los barcos ingleses, más vertiginosa y casi inverosímil fue, valga por lo que valga la frase, la que después emprendieron. John Cróssbow, de pie en el puenteillo del *Great-Britain*, pálido, ojoso, vívidamente emocionado, devoraba con ardiente mirar las naves que á corta distancia le precedían. Su espíritu, sus facultades mentales, todo su ser, en fin, como si estuviese dotado del don de ubicuidad, parecía volverse en amenazador presagio sobre las embarcaciones de sus enemigos....

Estas iban quedándose retrasadas; los ingleses les daban alcance á ojos vistos.

Tres horas de una regata sin ejemplo en los anales marítimos, más sorprendente aún por las circunstancias y excepcionales condiciones en que tenía lugar,

realizábase en aquellos momentos entre las cuatro embarcaciones.... John Cróssbow parecía triunfar.

Á cosa de mediodía dejó su buque por la banda de labor, á dos cables de distancia, al *Baltasar Ballesla* y al *Algeciras*. Fue aquel un momento indescriptible para las tripulaciones inglesas. El capitán gibraltareño parecía transfigurado; con empujados acentos, en el preciso instante de pasar ante los barcos españoles, oyósele gritar:

— ¡ Ah! ¡ Por la Nueva Sion! ¡ La victoria es nuestra! ¡ Cobardes! Teneis miedo de que revienten vuestras enderas, y tembláis como mujercillas considerándoos ya vencidos.... ¡ Los hijos de la poderosa Albion nada temen! ¡ Hurra por el Reino-Unido de la Gran Bretaña!

La mayoría acogió con triples hurras las entusiastas frases de su jefe: en cambio, sólo obtuvieron en las naves españolas imponente y sepulcral silencio. Esto no obstante, Mr. Cróssbow creyó advertir gran movimiento á bordo del *Baltasar Ballesla*.... No se fijó en él porque llenaba por entero su imaginación el triunfo que acababa de obtener....

CAPÍTULO XVII.

LA CÁSCARA DE NUEZ. — INESPERADO SINISTRO. — TOMA DE POSESIÓN. — LOS DOS ELEMENTOS, FUEGO Y AGUA.

I.

Algo insólito y desusado ocurría en aquel momento en la embarcación que mandaba el capitán Ballesla. Verificábase en ella un suceso que aun á sus mismos tripulantes causaba admiración y sorpresa. Había sido el buque armado en Marsella, y sólo el contramaestre *Borrasca*, que desde aquel puerto lo condujo al de Algeciras, estaba en autos de lo que acontecía....

Peró no es éste propicio instante para entrar, lector amigo, en ciertas explicaciones....

El capitán Cróssbow, exhalando de sus blasfemos labios larga letanía de juramentos é interjecciones, celebraba á su modo la victoria que había alcanzado. Hecho lo cual, decidió poner la proa al O. para flanquear á conveniente distancia el volcán submarino, y torciendo después el rumbo al E., desembarcar en las inmediaciones del promontorio, que parecía el punto más avanzado de aquel continente, y tomar posesión de aquellas tierras en nombre del Gobierno de la Gran Bretaña.

Transcurrieron dos horas.

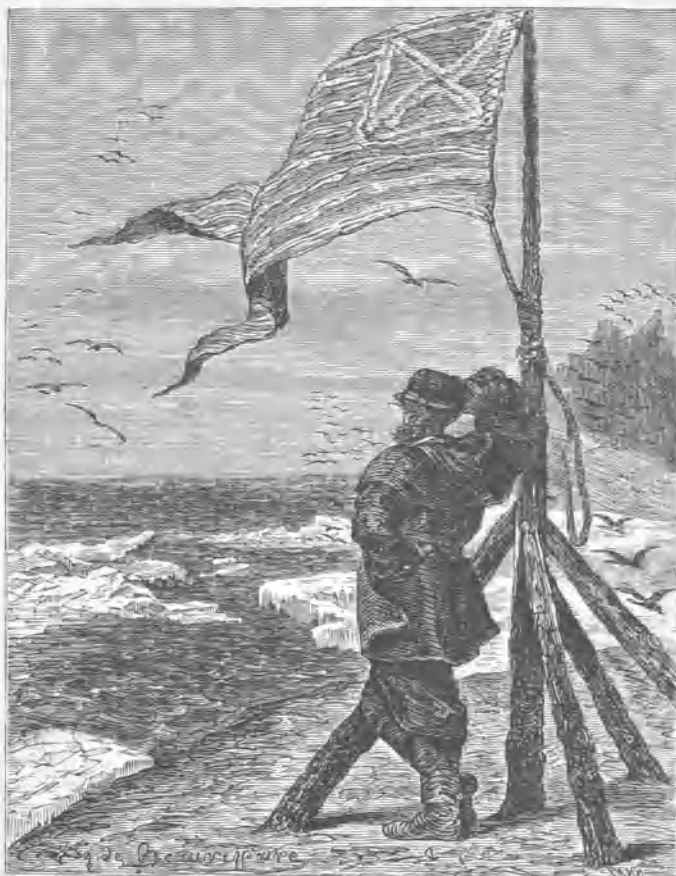
Juan Ballesla observaba atentamente los movimientos de los buques que apellidaba enemigos.... De repente víósele coger con temblorosa mano el cañalejo, que cerca de sí tenía, y acastarle á la capitana española.

— ¡ Ira de Satanas! — gritó — ¿ Qué es aquello? ¡ Ah! una chalupa de vapor se aparta del costado de la goleta.... ¿ Qué intentarán con esa cáscara de nuez? ¡ La Nueva Sion me valga! ¿ Qué es lo que veo? Lleva esa navocilla en su vientre una máquina de gran potencia.... y avanza.... ¡ avanza con espantosa celeridad!.... ¡ Maldito, maldito cien veces ses!

À las voces del capitán todos los tripulantes del *Great-Britain* dirigieron sus miradas hácia el frágil barquichuelo.... Era un vaporcito de doble hélice, que mediría, á lo más, trece metros de extensión; navegaba en línea recta hácia el volcan submarino, y pendiente de un pequeño mástil, que llevaba á proa, ondeaba el pabellon rojo y amarillo de España.

La rapidez con que marchaba aquella navecilla parecía increíble; por instantes, por instantes, ganaba terreno sobre los bajelos del Reino Unido.

La violenta gesticulación, las alteradas facciones, todo el expresivo conjunto del capitán inglés era espantable, aterrador.... El paroxismo de la cólera había llegado en él al más álgido periodo; sus palabras



De pié, apoyándose con el brazo derecho en el mástil, y dando frente al dilatado mar....

enrojecidos, sus ojos inyectados en sangre eran tal vez síntomas ciertos de una congestion cerebral.

De repente, prorumpiendo en un borboton de blasfemias y maldiciones, exclamó:

— ¡Timonel, rumbo al E. sobre esa navecilla! ¡ Á su puesto los que sirven la pieza krupp emplazada á proa! Enfilad bien la puntería, y.... ¡ fuego! ¡ fuego cien veces hasta que echéis á pique esa cáscara de nuez!

Los marinos corrieron á proa á cumplimentar las órdenes de su capitán. Tambien en este momento una pesada mano se posó en el hombro de Juan Ballesta; éste volvióse rápidamente, y encontró delante de sí al teniente irlandés Francis O'Donnell, que le dijo con glacial y desdeñosa entonacion:

— Meditad con calma, Mr. Cróssbow, acerca de lo que intentais hacer.

— ¡ Cien andanadas! ¡ Fuego, fuego sin contemplaciones de ninguna especie!

— Ni aun soñarlo debierais, capitán.

— ¿ Por qué? ¿ por qué? ¿ por qué? — gritó lanzándose adelante, mudando de cólera el gibraltareño.

— Porque no tenéis derecho á atacar á un barco que lleva enarbolada la bandera de un amigo.

— ¡ No importa! ¡ Iras de Dios! ¡ El derecho es de fuerza!

— Porque ese barco en nada se nos muestra hostil.

— ¡ No importa! ¡ no importa!

— Porque sigue el derrotero que se propone, quizás con mejor derecho que nosotros.

— ¡Truenos y rayos! ¿Qué decís?

— Porque si lo atacáis, sin manifiesta provocación de su parte, conculcaréis el derecho de gentes, llevariais á cabo una acción pirática.....

— ¡No importa, no importa!

— ¿Luego persistís?

— ¡Iras de Dios! ¡Acepto todas las responsabilidades!

— Entonces — dijo el teniente de marina sacando un pliego del bolsillo y acentuando lentamente sus palabras — en nombre de los lores del Almirantazgo inglés tomo posesión del mando de estos buques. Ved la orden que me autoriza. Está terminante.

El insensible capitán quedóse frío, mudo, extático, ante aquella intinación.

— Quiero, á pesar vuestro — repuso el digno irlandés — impulsar que os dishonreis con un acto impropio de la cultura de nuestros tiempos.

John Cróssbow dirigió una mirada llena de odio al teniente de noche. Éste continuó diciendo:

— Dad contradóren á vuestros marineros; dejad en paz á ese buque, y continuaréis en el mando.

No se mostraba muy propicio el *inglés* á lo que de él se exigía; pero un suceso inesperado vino á allanar de súbito todas las asperezas.

II.

Los bajelos británicos encontrábanse á la sazón, como á dos millas del volcán submarino, y cerca de una bahía aventajada ya la chalupa de vapor.

Momentos ántes acababa de desaparecer la montaña líquida imprimiendo á las olas, en torno suyo y á gran distancia, un movimiento de retroceso. Todo en la superficie del mar pareció quedar entonces en calma; pero habrían transcurrido apenas algunos minutos, cuando, en medio de formidables silbidos y resonancias, elevóse otra columna de turbulentas aguas y vapores, no en el lugar que ocupaba ántes, sino en el inmediato á la chalupa, que, envolviéndola en sus inmensos pliegues, levantóla á considerable altura, con espanto y admiración de cuantos contemplaron el hecho desde los otros buques.

Después no volvió á verse más al pequeño bajel. La inmensa montaña líquida, en forma de cono invertido, continuaba despidiendo al espacio enormes cantidades de vapores sulfurosos, materias bituminosas é inflamables, y escorias incandescentes que torruaban á mer en el mar con pavoroso estruendo.

Dada la perversión moral de John Cróssbow, no hay para qué significar cuánto gozaría en malévolo espíritu con el desgraciado accidente ocurrido á la chalupa.

Poco poco de sus subordinados, dicha sea en honra de la verdad, mostraron su satisfacción ante aquel desastre; á pesar de su ruda corteza, impresionables al hecho.

Hé aquí por qué imprevista azar de la suerte el capitán *inglés*, desaparecido ya el objeto de la querrela, continuó en el mando de las naves expedicionarias.

III.

En las últimas horas de aquel día, y á poco más de dos kilómetros del promontorio volcánico que avanzaba en el mar, atracaron dos grandes canoas á una playa arenosa y de fácil acceso, la cual formaba en semicírculo extensísima bahía; á distancia de algunos cables se encontraba fondeado el *Great-Britain*.

Poco después de la orilla, tomaban los terrenos inmediatos el mismo carácter peñascoso y estéril del promontorio citado. La vegetación era escasísima: plantas musgosas y desmenuzados juncos y espadañas constituían la flora de aquellos parajes; en cambio, gran número de fállicas, petrales y otras aves de la familia de las gallináceas, poblaban aquellas rocas salvajes.

Desembarearon de las canoas algunos oficiales y buen número de marineros armados; pusieronse unos y otros en correcta formación, mientras algunos de sus camaradas, provistos de los útiles necesarios, procedieron á colocar en la playa un alto mástil; hecho lo cual, enarboláron en él la bandera británica.

Entonces, Mr. John Cróssbow, en presencia de sus subordinados, radiante de júbilo, tomó solemnemente posesión de aquellas tierras, según antiguo uso y costumbre.

Repetidos hurras dieron fin á la ceremonia.

Los expedicionarios dividieronse después en pequeños grupos, ansiosos de reconocer el país. Sólo el capitán permaneció en la desierta orilla, que aún conservaba adheridos en algunas partes pequeños trozos de hielo.

De pie, apoyándose con el brazo derecho en el mástil, y dando frente al dilatado mar que ante él se extendía, Mr. Cróssbow, poseído al parecer de extraña preocupación, contemplaba de hito en hito el lejano horizonte.

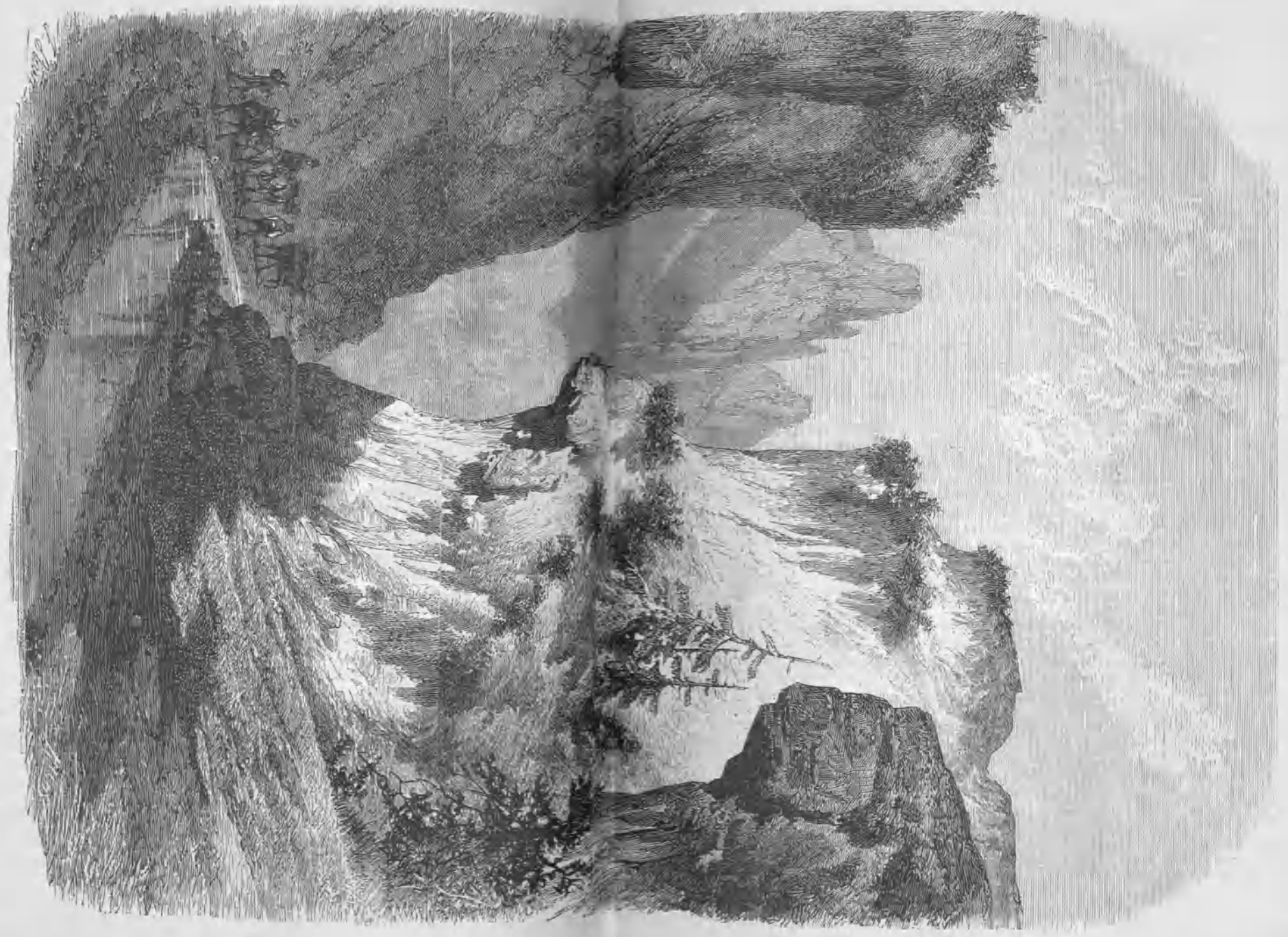
Algo insólito é incomprensible batallaba en el cerebro de aquel hombre. Singular mezcla de encontrados afectos reflejaba su fisonomía; advertíase en ella la expresión simultánea de satisfechas aspiraciones, de angustias indefinidas, de latentes contradicciones.

IV.

Los grupos exploradores se encaminaron por opuestos caminos. La más viva curiosidad guiaba á cuantos individuos los componían; empero, los oficiales y algunos marineros, ménos rudos que los demás, observaban con atención todo lo que á sus miradas se ofrecía.

Uno de aquellos grupos, compuesto de seis hombres, entre los que se encontraba Mr. Francis O'Donnell, atraída por un fragoroso estruendo que hacía el E. resonaba, ascendió á una extensa planicie, cubierta de rocas y guijarros de origen ígneo, y desde allí admiró el más singular de los espectáculos.

(Se continuará.)



PASO DE RONCESVALLES.

RONCESVALLES.

I.

A corta distancia del pueblo de Roncesvalles hay una cruz de piedra que antiguamente era conocida con el nombre de *Cruz de los Peregrinos*.

Alguna mano piadosa la elevó allí, sin duda, con objeto de que sirviese de punto de reposo á los que, llena el alma de fe, venían á visitar su célebre santuario desde los más apartados rincones de la Península.

Cuando llegué á este sitio, despues de haber cruzado á pié las intrincadas sendas que conducen desde Burgete á Roncesvalles, serpenteando á lo largo de inmensos bosques de hayas, el día tocaba á la mitad, y el sol, que hasta aquel momento se habia mantenido oculto, comenzaba á rasgar las nubes brillando á intervalos por entre sus sueltos jirones.

La verde y tupida hierba que tapizaba el suelo, la fresca sombra de los árboles, el murmullo de las aguas corrientes, el magnífico horizonte que se desplegaba ante mis ojos, la hora del día y el cansancio del camino, todo parecía combinarse para hacerme comprender mejor la previsora solicitud de los que en siglos remotos habian colocado tan delicioso lugar de descanso al término de un penoso viaje.

Me senté al pié de la cruz, respiré á pleno pulmón el aire puro y sutil de la montaña, lleno de perfumes silvestres y de átomos de vida, dejé resbalar un momento la incierta mirada por los dilatados horizontes de verdura y de luz que desde allí se descubren, saqué un cigarro de la cartera de viaje, lo encendí, y despues de encendido comencé á arrojar al aire bocanadas de humo.

En este momento me asaltó una idea extraña:

—He aquí—dije hablando conmigo mismo—el punto donde el piadoso ronero, vestido de un burdo sayal y apoyado en su tosco bordon, se prosternaba poseído de hondo respeto á la vista del santuario, como los peregrinos del Oriente se prosternan aún en la cima del monte que domina la Ciudad Santa; las ideas guerreras y religiosas, el sentimiento de la gloria nacional y de la fe, despertándose al eco de un nombre que ha consagrado la tradicion, llenaban de piadoso recogimiento su alma, preparándole á penetrar con el entusiasmo del creyente en este maravilloso mundo de la leyenda, donde cada roca debia hablarle de un prodigio de valor ó de una aparicion divina. Nada ha cambiado aquí de cuanto le impresionaba. Allí está la llanura teatro de la sangrienta jornada, cuya memoria, prolongándose á través de los siglos, ha hecho famoso el nombre de estos lugares; allí el santuario, cuya vetusta torre descuelga airosa por cima de los puntiagudos tejados de pizarra de la poblacion; á un lado y otro se descubren las gigantesas rocas de las cuales cada una lleva aún el nombre de un héroe legendario; el Pirineo, con sus ásperas vertientes, sus peñascosas faldas cubiertas de bosques de abetos seculares, y sus dentelladas crestas vestidas de eternas nieves, se alza hoy como ayer sirviendo de magnífico fondo al cuadro. Este es

el Roncesvalles de las caballerescas crónicas; éste el Roncesvalles de las maravillosas tradiciones; éste, en fin, el Roncesvalles de nuestros poetas del romancero.

¿En qué consiste, pues, que, á pesar de todo, al descubrirlo hoy la imaginacion se esfuerza en vano por condensar en torno suyo esa atmósfera de entusiasmo y de fe, que la daba todo su prestigio? ¿Por qué me fatigo evocando recuerdos de los tiempos pasados para tratar de sentir una impresion grande y profunda, mientras mis miradas vagan á pesar mío, de un punto á otro distraidas é indiferentes? Nada he cambiado aquí de cuanto nos rodea, es verdad; pero hemos cambiado nosotros; he cambiado yo, que no vengo en alas de la fe vestido de un tosco sayal y pidiendo de puerta en puerta el pan de la peregrinacion, á prosternarme ca el dintel del santuario, ó á recoger con respeto el polvo de la llanura, testigo del sangriento combate, sino que, guiado por la fama, y de la manera más cómoda posible, llego hasta este último caplin de la Península á satisfacer una curiosidad de artista ó un capricho de desocupado.

La critica histórica, esa increíble hija del espíritu de nuestra época, nos ha infiltrado desde niños su petulante osadía, nos ha enseñado á sonreírnos de compasion al oír el relato de esas tradiciones, que eran el brillante cimiento de nuestros antos patrios, y desnudando uno por uno á nuestros héroes nacionales de las espléndidas galas con que los vistiera la rima fantástica popular, empañando con su hábito de seda la brillante aureola que ceñía sus sienes, y derribándolos del pedestal en que los colocó la leyenda, nos ha mostrado en descarada armonía semejante á un maniquí risible. Ella nos ha truncado la historia, nos niega á Bernardo del Carpio, nos disputa al Cid; hasta ha puesto en cuestion á Jesus. Pero ¿ha conseguido del todo su objeto? No lo sé. Por lo pronto ha conseguido que aquí donde nuestras mayores se unían embargados de una profunda emocion, donde se exultaba en fantasia, donde se elevaba su espíritu y vibraban sacudidas por el entusiasmo todas las fibras del sentimiento, nosotros nos sentimos indiferentes, encendemos un cigarro, y entornando los soñolientos ojos, nos entretengamos en arrojar bocanadas de humo al aire.

Esto diciendo, ó mejor dicho pensando, arrojé la punta del que habia encendido, y que ya comenzaba á quemarme los dedos, sacudí las hojas secas y la tierra que al tomar el suelo por asiento se habian adherido á los faldones de mi levita, y en paso tras otro, emprendí el camino de la poblacion.

II.

Roncesvalles tiene un aspecto original. Las casas, de forma irregular y pintoresca, con cubiertas de pizarra puntiagudas, con pisos vallados al exterior, ocultas escaleras que rodean los muros y dan paso á las gacetas altas, barandales, postes y colaridos por donde se enredan, suben y caen las plantas trepadoras en largos fustones de verdura, ofusca, agrupán-

dose en torno á la colegiata, un conjunto de líneas y de color sumamente extraño y pintoresco.

La colegiata es, si no el único, el monumento más notable de la población. Sin embargo, antes de penetrar en ella, visité la fuente que llaman de la Virgen, manantial de agua fresca y purísima que brota á corta distancia del porche del templo, al pié de unos parodones derruidos y musgosos que fueron parte del primitivo santuario.

Acerca de esta fuente y de la fundación de la antiquísima capilla, entre cuyas ruinas se encuentra, refiere la tradición una de esas leyendas extraordinarias con que la piedad de nuestros padres se complacía en envolver el misterioso origen de sus más veneradas imágenes.

La fundación de la colegiata es debida á D. Sancho el Fuerte, y su antigua fábrica conserva, á pesar de las modificaciones que ha sufrido con el trascurso de los tiempos, el severo y sencillo carácter de las construcciones de su época. En una de las naves se encuentra la capilla de San Pedro, muestra arquitectónica bastante apreciable y pura del estilo á que pertenece la iglesia, y que parece haber servido de tipo á la llamada *Barbazona* de la catedral de Pamplona. En el altar mayor se venera la milagrosa imagen de la Virgen que da nombre al santuario, la cual es de plata, y se descubre al fulgor que penetra por las rotundas rosetas del templo, sentada sobre un trono del mismo precioso metal, enriquecido de brillante pedrería.

Auchas y oscuras losas sepulcrales señalaban en el pavimento el sitio donde duermen el eterno sueño de muerte los religiosos y guerreros que buscaron este lugar para su última morada.

Recorriendo las sombrías naves de la iglesia y oyendo las pisadas que repite el eco, prolongándolas por las subterráneas bóvedas, antiguo panteón de los canónigos, se recuerda el bellissimo verso en que dice Victor Hugo:

Los sepulcros son las raíces del altar.

En el presbiterio, en una urna de jaspes, sobre la cual se ven sus estatuas, yacen juntos el fundador Don Sancho el Fuerte de Navarra, y su mujer Doña Clemencia.

Á un lado y otro del lucillo cuelgan aún dos trozos de la cadena que el valiente rey ganó en la batalla de las Navas de Tolosa.

La sacristía, que es de construcción moderna, guarda algunas antigüedades y pinturas de verdadero mérito; entre las primeras, son notables varios efectos pertenecientes al pontifical del Arzobispo de Reims, aquel famoso Turpin por cuenta del cual Ariosto relató tantos absurdos en su célebre poema.

Tampoco dejan de ser notables las mazas que la tradición asegura haber pertenecido á Roldán, y de las cuales la una es de hierro y la otra de bronce.

En otro tiempo se conservaban igualmente cálices de forma extraña y curiosa que acusaban la remota época á que pertenecían, y hoy niémo pueden examinarse algunos relicarios de estima. Los cuadros que merecen atención especial son: un tríptico pintado

sobre tabla, que parece pertenecer á la escuela holandesa, y representa la *Crucifixión*, en el centro; la *Predicación de Jesús*, á un lado, y el *Beso de Judas* á otro; y una *Sacra Familia* de escuela italiana, que recuerda el estilo de Julio Romano.

También merece visitarse el arcafo, donde se custodia el magnífico evangelario sobre el cual prestaban juramento los reyes de Navarra al ceñirse la corona. Esta obra de arte, pues tal calificación merece, es de plata sobredorada con ornamentos de pedrería, y tiene en una de las caras un crucifijo y en la otra la imagen del Salvador sentado sobre un trono en medio de los cuatro evangelistas.

La Real casa y colegiata de Nuestra Señora de Roncesvalles está colocada bajo la inmediata protección de la silla apostólica, y es patronato de la Corona, que en las vacantes nombra el prior.

Éste, que en otras épocas pertenecía al Real derecho de Su Majestad, se titula, ignoramos por qué privilegios, gran abad de Colonia, y tiene usos pontificales con jurisdicción *quasi nullius* en el territorio que comprende su dominio. En su cualidad de iglesia recepticia, el Capítulo no cuenta con número fijo de canónigos, eligiendo sólo los que puedan mantenerse de sus rentas. En la actualidad, aunque pueden ser hasta doce, sólo existen seis. Así al prior como á los canónigos de este santuario les distingue una particularidad de su traje: sobre su ropa talar oscura llevan una cruz de terciopelo verde en forma de espada, y al cuello una gran medalla de oro, insignias ambas de la insigne órden militar de Roncesvalles, á que pertenecen, la cual tuvo mesada y pendon, levantó tropas y se hizo cargo de la defensa del castillo de Leguin, histórica fortaleza que aún se mantenía de pié á mediados del siglo xv.

Cuando despues de haber examinado minuciosamente hasta los más oscuros rincones del templo, penetré en el claustro, por entre cuyas derruidas arcadas sube serpenteando la yedra hasta coronar con un feston de hojas las extrañas figuras de los capiteles, y cuyo anchuroso patio cubren las altas y silenciosas hierbas que ondean calladas al soplo de la brisa de la tarde, sentí que una emoción profunda y hasta entonces desconocida agitaba mi espíritu.

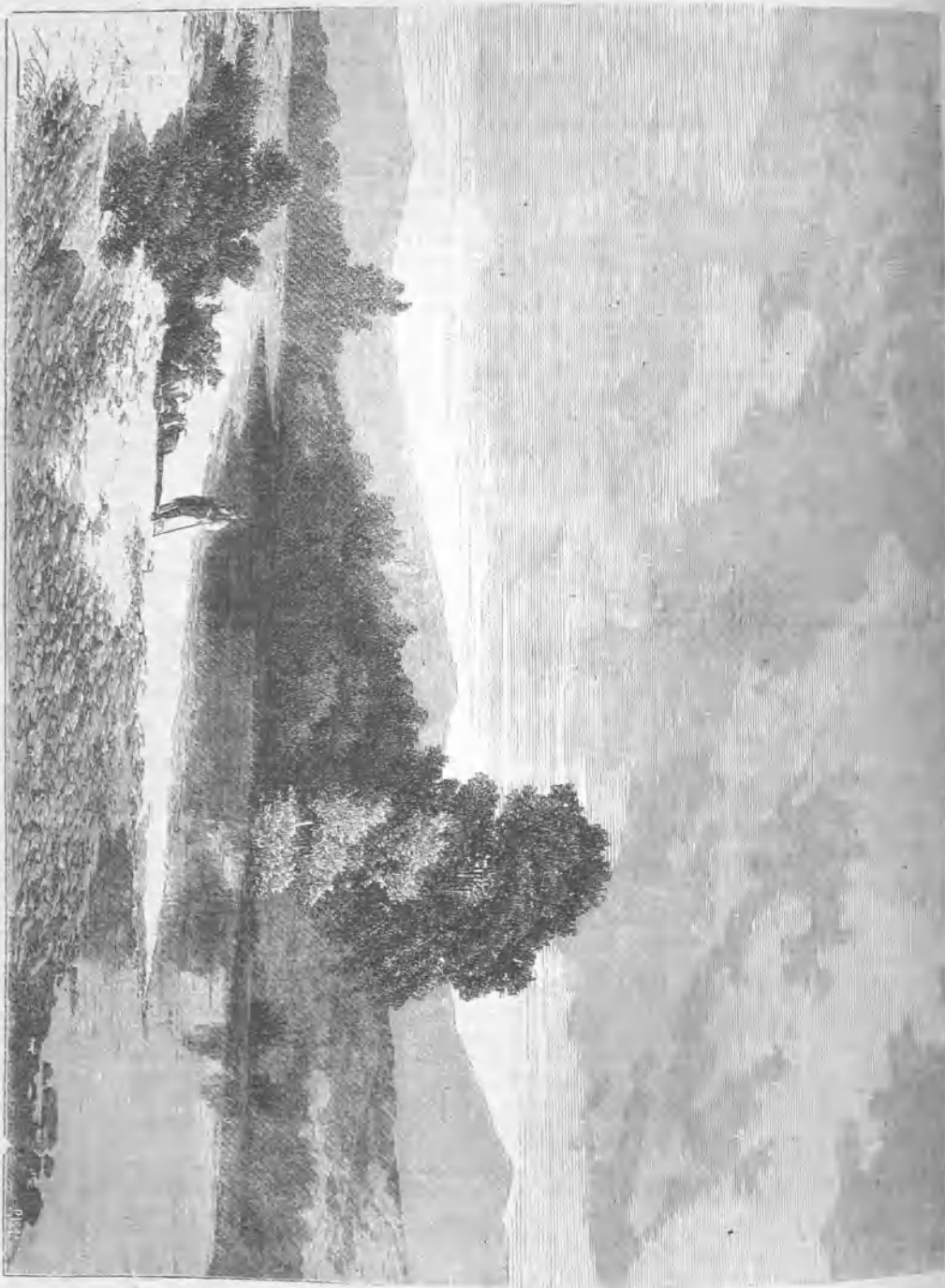
Por el fondo de la galería atravesaba en aquel momento uno de los religiosos con su luenga capa oscura ornada de la histórica cruz verde. Sea prestigio de la imaginación, sea efecto del fantástico cuadro en que la vi destacarse, aquella figura me trajo á la memoria no sé qué recuerdos confusos de siglos y de gentes que han pasado; generaciones de las que sólo he visto un trasunto en las severas estatuas que duermen inmóviles sobre las losas de sus tumbas, pero que entonces me pareció verlas levantarse como evocadas por un conjuro para poblar aquellas ruinas.

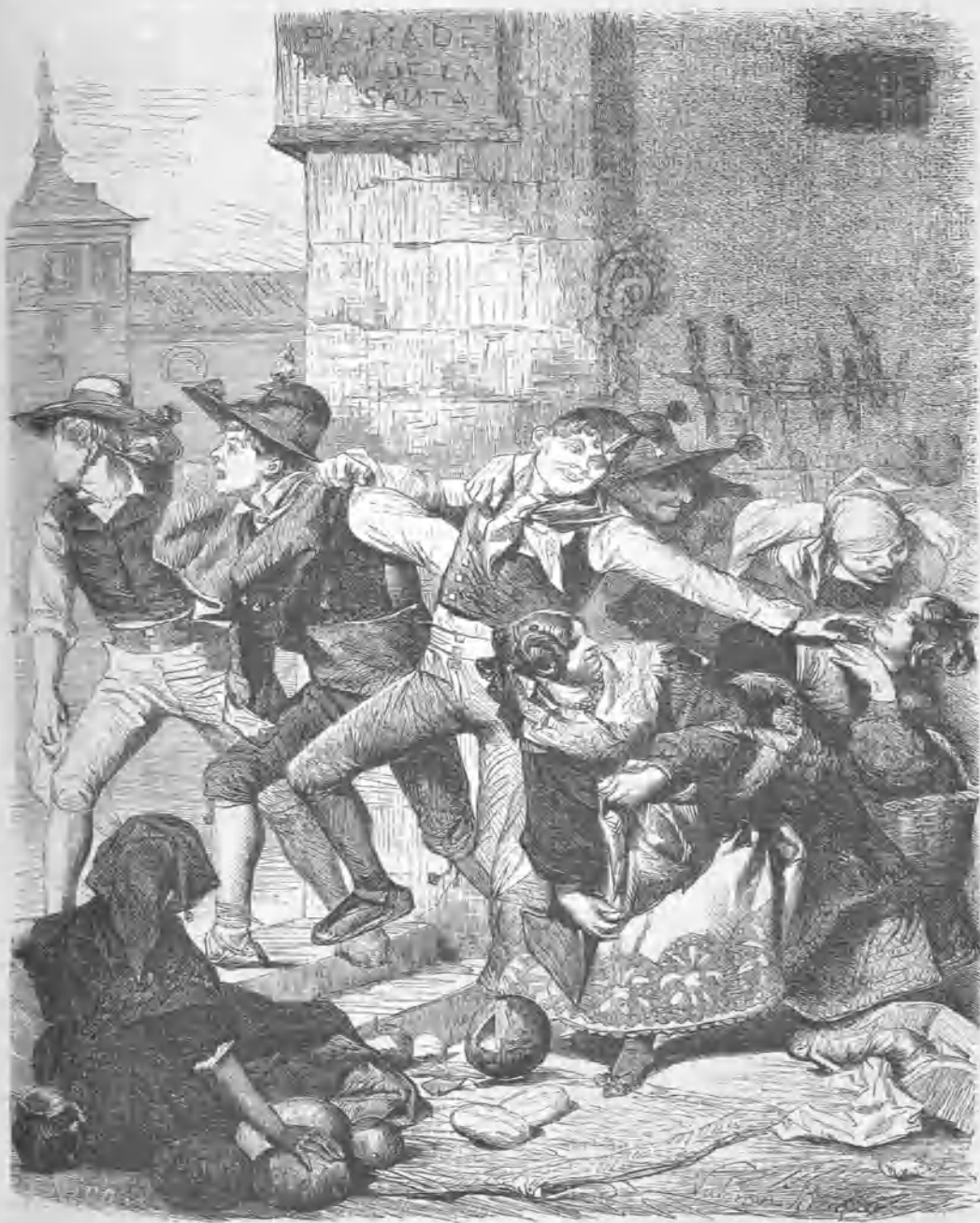
La atmósfera de la tradición, que aún se respira allí en átomos impalpables, comenzaba á embriagar mi alma, cada vez más dispuesta á sentir sin razonar, á querer sin discutir.

III.

Al caer la tarde sali de la población con el objeto

COADRO DE HABS.





LOS QUINTOS.

de dar una vuelta por los contornos y recorrer la reducida llanura y los estrechos desfiladeros, teatro de la famosa rota de los franceses.

Aun me duraba la impresion recibida en el claustro del santuario; aun sentia abiertos los poros del alma y dispuesta la fantasia á exaltar se y á dar crédito á todo lo más extraordinario y maravilloso.

La historia critica me habia hablado en otra ocasion, desvaneciendo una multitud de errores que, á propósito de este hecho de armas, corren entre el vulgo.

Á su soplo se habia desbaratado en mi imaginacion todo el fabuloso cielo de Carlo-Magno, y la Tabla Redonda con sus doce pares, Bernardo y Marsirio, Durandarte y Roldan se habian desvanecido, como fantasmas fingidos por la niébla, ante la luz del análisis filosófico. Pero en aquel momento ¿qué me importaba ya de la historia, si la historia era para mí el pueblo que relata aún esta jornada con vivísimos colores y detalles sorprendentes, el romancero nacional, cuyos versos pintan las escenas con una verdad y una valentia asombrosas?

«Blasmando está el frances
Contra el ejército hispano,
Por ver que cubren sus gentes
Sierra, monte, campo y llano.
Van los doce de la fama
Con el viejo Carlo-Magno,
Haciendo alardos de rímos
Que en poco tiempo han ganado;
Los estandartes despliegan
De flores de lis bordados,
Diciendo que han de añadirles
Un castillo y un leon bravo.»

En el mismo punto en que este romance á mi memoria, se ofrecieron á mis ojos las ásperas cumbres que, segun la tradicion, coronaba el ejército frances. El dentellado y fantástico perfil de aquellas crestas parece que fingen, al destacarse entre las nubes que el viento arremolina á su alrededor, grupos de soldados armados de largas picas, estandartes que tremolan, cascos bruidos donde flamea el sol y cuyas cimbras forman un bosque de plumas.

De una parte está Carlo-Magno con su brillante cohorte de héroes, que ha engrandecido la leyenda; de la otra los vascones y los árabes, sus aliados en esta jornada. Roldan, en lo alto del monte, amenazando caer sobre las huestes de sus enemigos como una avalancha; Bernardo en la llanura esperando á pie firme su combate. Roldan tiene lleno el mundo con la fama de sus proezas; Bernardo es un guerrero casi desconocido fuera de los límites de su país.

Doña Alda, la esposa del guerrero frances, ve esta escena tal como yo me la representaba entonces en la imaginacion:

«Un sueño soñé, doncellas,
Que me ha dado gran pesar:
Que me veía en un monte
En un desierto lugar;

Bajo los montes, muy alto
Un azor vide volar;
Tras del viene una aguja.
Que la afineaba muy mal.»

En efecto: trábase la lucha, y el choque de las armas, la estruendosa vocería de los combatientes y el agudo clamor de las trompetas ensordecen los montes vecinos, cuyas enormes cuencas repereuten de una en otra este rumor, como durante la tempestad repereute el trueno. El sol comienza á trasponer las colinas que limitan la llanura por la parte del ocaso y aún dura la refriega; pero ya la fortuna inclina la balanza en contra del Emperador; unos tras otros, once de sus más ilustres capitanes han sucumbido; sólo sobrevive Roldan en el lastimoso estado en que le pinta el poeta:

«Apartado del camino,
Por un valle muy cerrado
Vi venir un caballero
En un herido caballo;
De la sangre que le cubre
Deja un lastimoso rastro.»

La noche cierra, por último; Roldan espera al abrigo de la peña que aún conserva su nombre; Carlo-Magno huye con los restos de su derrotado ejército, mientras que aquellas banderas con flores de lis, á las que debían añadirles un castillo y un leon, son arrastradas por los vencedores entre el polvo, el cieno y la sangre del campo de batalla.

Al reconstruir en la mente este fantástico cuadro, al ver con los ojos de mi imaginacion cubiertos de cadáveres la llanura y los estrechos desfiladeros que se ofrecian á mis ojos, no pude menos de exclamar con el pueblo, repitiendo su romance favorito, cuyos primeros versos brotaron espontáneamente de mis labios:

«¡Mala la hubásteis, franceses.
En esa de Roncesvalles!
Don Carlos perdió la honra,
Muriendo los doce pares.»

Y en el momento en que esto decía, me hubiera yo á mí vez reido del que osase poner en duda el más insignificante detalle de esta epopeya magnífica.

¿Qué extraño es, pues, si de tal modo impresionan los sitios que guardan la memoria de las tradiciones, que los habitantes de aquellas comarcas, cuando la tempestad rueda por la falda del Pirineo y ensordecen los angostos valles; crean ver en los jirones de niebla que flotan sobre los precipicios ejércitos de blancos fantasmas que combaten, y piensen oír entre el zumbido del viento y el fragor del trueno el eco de la encantada trompa de Roldan, que aún pide socorro en su agonía?

GUSTAVO ABOLFO BECQUER.

CUADRO DE HAES (CARLOS).

Damos á conocer á nuestros lectores en el presente número uno de los cuadros que, en su género, llaman la atención de los inteligentes.

Es un *parís*. Su autor, D. Carlos Haes, es indudablemente uno de los mejores paisajistas modernos que cultivan en España con universal aplauso una de las artes más bellas.

LOS QUINTOS.

Uno de los grabados que damos hoy representa una de esas escenas populares que en todas las provincias de España se ven después del sorteo para el servicio de las armas. Siempre es triste la ausencia del lugar donde se ha nacido; pero cuando al dolor natural de toda ausencia va unida la idea de las fatigas y peligros que suelen rodear la existencia del soldado, aumenta la pena.

Sin embargo, bien sea por hacer alarde y gala de una conformidad que no siempre es verdadera, bien sea debido á nuestro carácter especial, el quinto ha de mostrarse, no sólo resignado, sino alegre, y de ahí el espectáculo singular que después de cada sorteo se ve en las calles de las poblaciones de España. Grupos de quintos las recorren, entonando cantares al son de panderetas y guitarras y retozando con las muchachas que encuentran.

COSTUMBRES

DE LAS INDIAS DE VERACRUZ.

La estatura de estas mujeres es generalmente mediana ó más bien pequeña. Su color, moreno bronceado, algo semejante á los mulatos de la isla de Cuba y á los indios de Filipinas.

Los ojos tienen el párpado superior oculto con la piel que cubre la apofisis supraorbitaria, y son negros con expresión triste, como indicando miseria: el tamaño es regular. La nariz chata y regularmente corta. La boca, de labios gruesos, pero no exageradamente. Es rara hallar una india que no tenga el pelo, además de muy negro y fuerte, sumamente poblado y largo. Llevan dos trezas, bien tiradas á la espalda, bien una adelante y otra atrás. Sus dientes son blanquísimo é iguales. Sus formas son robustas, y á causa de las fatigas á que se dedican, algo varoniles. Los pies anchos y casi desfigurados de andar descalzos en todos los terrenos.

El traje consiste en una especie de tela blanca y ordinaria, alta de escote y corta de mangas, marcando muy árido el pecho por el abandono con que se crían y se visten.

Seja de lana parda y generalmente rota ó remendada, y un cinturón de tela rayada que deja colgando las puntas á manera de faja. Un manton de pocal

color oscuro completa el atavío, y en el cual forman una especie de bolsa donde llevan colgado al hijo más pequeño. Éste se encuentra tan contento con aquella berlina de mano, que se les ve gozar de su deliciosa é infantil ignorancia, y la madre los sujeta llevando las manos hácia atrás, después de haber ayudado el manton sobre el pecho.

Las viviendas de los indios bravíos, restos vivientes de la raza que conquistó Hernán Cortés, consisten en chozas de paja sostenidas por gruesos maderos, y sin más ajuar que algún banquillo para comer y un cabezal con paja para reposar.

Comen frugalmente, reduciéndose su principal alimento á unas tortas hechas de maíz, untadas con una salsa de Chile, y además cierta clase de puchos llamados *atole*.

Hombres y mujeres acuden á los mercados de Veracruz y Orizaba (término del Estado) para vender en los días de sábado mesas y sillas trabajadas á la ligera, y que despachan el módico precio de un real; gallinas, verduras, plátanos y *tamales*, que son unas tortas bañadas de manteca y envueltas en hojas de plátanos.

Las mujeres llevan á la espalda con notable fatiga las grandes cestas en que conducen su mercancía, y suelen cargar además brazos de leña.

Los hombres, aunque trabajadores y muy recios de musculatura, hacen participar á la mujer de la mayor parte del trabajo. No obstante, éstas aman á sus maridos.

El dialecto es un ébapurrado del antiguo azteca y del español de difícil comprensión.

Conservan algunas creencias antiguas, y son articos al par que tímidos y buenos cristianos, debido á la falta de instrucción en su vida montañesa.

CUENTO.

Cayó cierta vez un rayo
En un convento de frailes,
Pero fué á parar al coro
Donde no se hallaba nadie.
Destrozó, como es costumbre,
Sillas, santos y misales,
Y al ruido, muertos de miedo
Llegaron todos los padres.
Viendo la ruina causada
Dijo uno de los más graves:
—Cierto que estuvo piadoso
Dios con estos medicantes;
Si el rayo toma otro rumbo
Y en el refectorio cae,
Ni uno solo del convento
Queda para hablar del lance.

P.



INDIA DE VERACRUZ.

EPIGRAMA.

En Juéves Santo, un chicuelo
 Perdió al juego no sé cuánto,
 Y..... — ¿ Ves? — le dijo su abuelo —
 ; Castigo ha sido del cielo
 Por jugar en Juéves Santo!
 — Podrá ser — le contestó
 El chicuelo con desden ;—
 Pero el que á mí me ganó,
 Dígame V., ¿ no jugó
 En Juéves Santo tambien ?

M. A. P.

Solucion á la charada del número anterior.

FÁBULA.

ADVERTENCIA IMPORTANTE.

Con el presente número termina el primer tomo de nuestra publicacion; con el próximo recibirán nuestros favorecedores las cubiertas, portadas é indice.

SUMARIO.

GRABADOS — Paso de Roncesvalles. — Cuadro de Haes. — Los quintos — India de Veracruz. — Varios dibujos pertenecientes á las novelas.
 TEXTO. — Keraban el Testarudo, por Julio Verne. — El Tigre blanco, Luis Boussenard. — Sin familia, Hector Malot. — Ingleses y españoles en el Polo Sur, Moreno Fuentes. — Roncesvalles, por Gustavo Adolfo Becquer. — Cuadro de Haes. — Los quintos. — Costumbres de las indias de Veracruz. — Cuento. — Epigrama. — Solucion á la charada. — Advertencia.